

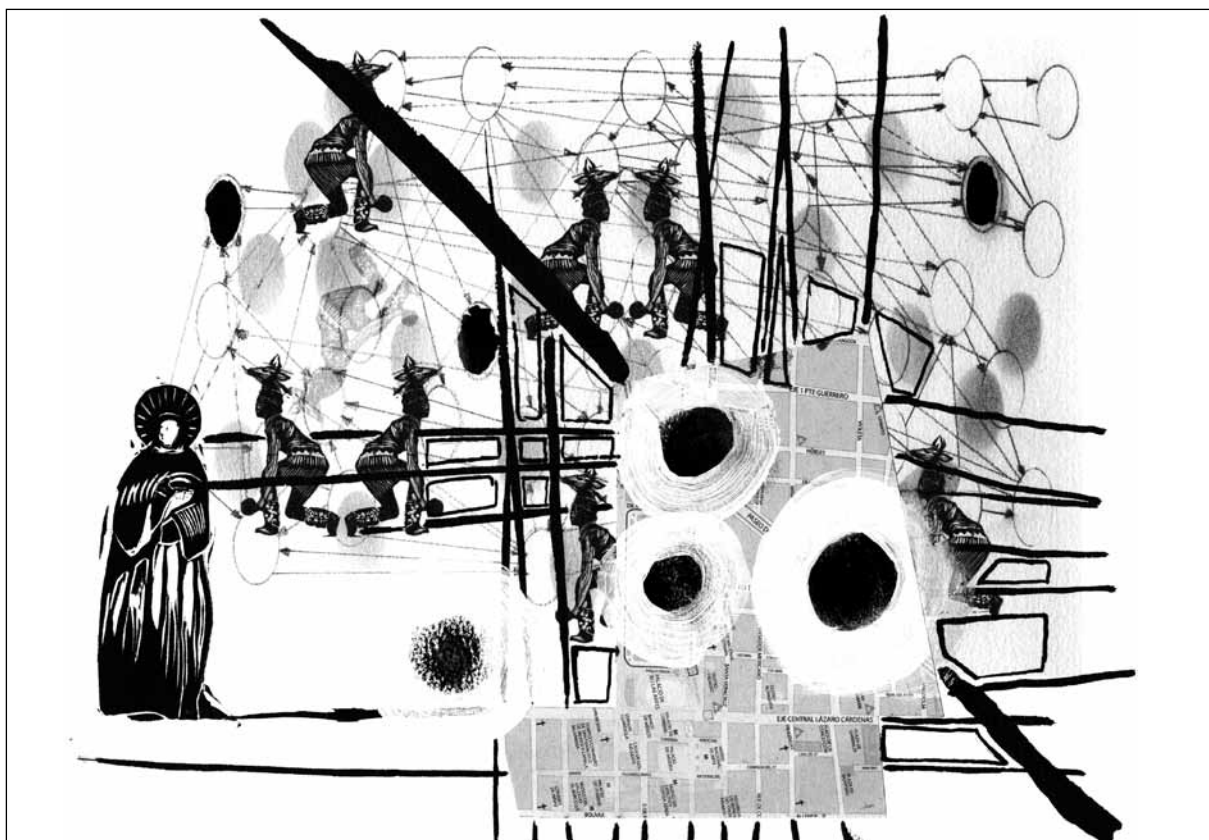


LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Ricardo Ramírez Arriola. Fotógrafo independiente. Ha cubierto sucesos de la realidad política, social y cultural de Guatemala, México, El Salvador, Venezuela, Bosnia-Herzegovina, el Sahara Occidental, Sudáfrica y Vietnam. Ha colaborado con diversas instituciones públicas, agencias internacionales y organizaciones no gubernamentales dedicadas a los refugiados, los migrantes, los pueblos indígenas, la niñez y la equidad de género, así como a la defensa y promoción de los derechos humanos. En el ámbito escénico colabora con diversas compañías de danza, teatro, cabaret, circo y músicos profesionales e independientes. Ha participado en más de cuarenta muestras colectivas y, de forma individual, ha realizado más de treinta exposiciones en México, Guatemala, El Salvador, Venezuela, Brasil, Cuba, Estados Unidos, Italia, Croacia, Argelia, Líbano, Marruecos y Sudáfrica. Sus fotografías han sido premiadas en Croacia y México. Tiene siete libros publicados —uno en Guatemala y seis en México. Es cofundador del proyecto Escénica7, ha sido miembro del Comité Organizador del concurso de fotografía Mirada Joven y desde 2010 lleva a cabo el proyecto 360° a través de diversas redes sociales. Contacto: ricardo_ramirez_arriola@yahoo.com

IMAGEN DE PORTADA



Mario M. Reyes, *Cruz #3*, grabado y dibujo en impresión digital, 14 × 21.6 cm, 2010

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Del libro <i>Después de Japón</i> / Ámbar Past	8
CONCURSO 41 DE PUNTO DE PARTIDA	
SEGUNDA ENTREGA	15
Ni regreses si estás con esa ramera (cuento breve) / Ériq Sáñez	
McEergüeck (Erick R. S. M.)	16
Un episodio italiano (cuento breve) / Adolfo Ulises León López	18
Cruz y ficción (gráfica) / Mario M. Reyes	20
Seis traducciones de cummings (traducción) / Ana Laura Magis	
Weinberg	30
En el poema que escribo desde el comienzo de Marsella (Sylvie	
Durbec) (traducción) / Karla Olvera	37
Vudú (gráfica) / Christian Mariano Becerra Salazar	44
Nuevo remedio contra la gingivitis. A propósito de <i>Las encías de</i>	
<i>la azafata</i> , de José Israel Carranza / Víctor Cabrera	52
Corifeo / Iván Cruz Osorio	56
Grace / Diana Gutiérrez	58
Drauca / Mariana Rergis	61
Y ellos se quedan... Haití, julio de 2010 / Juan Xavier	
Villavicencio	68
EL RESEÑARIO	
El artesano de la verdad / Cristina Pérez	72
De frente al baldío / Christian Barragán	74

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 163, septiembre-octubre 2010
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández, Rodrigo Martínez, Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Mario M. Reyes
Ilustración de este número: Ricardo Ramírez Arriola
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
Malintzin 199, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Domtar Sandpiper de 216 gramos.

Supe del trabajo editorial de Ámbar Past hace unos años, a través de los hermosos libros-objeto realizados en el Taller Leñateros, formado por ella en 1975 junto con indígenas de la región de Chiapas. Hoy, los Leñateros se dedican a rescatar técnicas tradicionales como la extracción de colorantes de hierbas silvestres, y producen libros “hechos a mano” que difunden la literatura de aquellos pueblos. A raíz de esta empresa legendaria supe también de la poesía de su fundadora, quien generosamente comparte con nuestros lectores tres poemas inéditos de su libro en preparación, *Después de Japón*, en nuestro ya tradicional Árbol Genealógico.

El *dossier* que da nombre a este número 163 está dedicado a la segunda entrega del Concurso 41 de *Punto de partida*. Esta vez abrimos con los ganadores de cuento breve: “Ni regreses si estás con esa ramera”, de Erick Salas (quien firma como Eriq Sáñez McErgüeck), de la SOGEM —un cuento vertiginoso e hilarante, construido a manera de monólogo—, y “Un episodio italiano”, prosa impecable rematada por un final inesperado, obra de Ulises León, estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria, plantel 9.

La traducción de poesía no es tarea fácil, y de ello dan fe las múltiples discusiones sobre el tema emprendidas por críticos y autores. El traductor de poesía se topa con elementos extras que salvar, como la condensación y el ritmo, que hacen de la traducción una obra poética en sí misma. Esta vez, los premios de traducción literaria recayeron, precisamente, en excelentes versiones de la obra de dos autores grandes —un clásico estadounidense y una francesa contemporánea—: “Seis traducciones de cummings”, de Ana Laura Magis, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y “En el poema que escribo desde el comienzo de Marsella”, de Sylvie Durbec, traducido por Karla Olvera, de El Colegio de México. Incluimos también en el *dossier* los galardonados en la categoría de gráfica: “Cruz y ficción”, grabado y dibujo en impresión digital, espléndido en concepto y factura, obra de Mario. M. Reyes, de la Academia de San Carlos, y “Vudú”, inquietante conjunto de grabados en puntaseca debido a Christian Becerra, de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda.

Como complemento a este *dossier*, una serie de trabajos notables: Víctor Cabrera “divaga” —ensaya— en su “Nuevo remedio contra la gingivitis”, a propósito de la obra reciente de José Israel Carranza, aludiendo tangencialmente a las corrientes del ensayo actual; Iván Cruz Osorio nos ofrece su poema “Corifeo”, Diana Gutiérrez su relato “Grace”; Mariana Rergis sorprende con las intertextualidades bíblicas de su cuento “Drauca”, y el periodista puertorriqueño Juan Xavier Villavicencio da cuenta de la labor solidaria en Haití tras el terremoto de principios de año, en la crónica “Y ellos se quedan”. Cierran el número las reseñas de Cristina Pérez y Christian Barragán a la obra de Marco Perilli y Fabio Morábito, respectivamente.

En cuanto a la imagen de esta edición, el fotógrafo Ricardo Ramírez Arriola despliega en estas páginas una serie de retratos documentales tomados en Bosnia-Herzegovina como parte de su proyecto 360°: niños, mujeres, gitanos que miran y miramos, a manera de discurso visual paralelo al literario en este número de *Punto de partida*. 

Carmina Estrada

Del libro *Después de Japón*

Ámbar Past

Efímera

*En un mundo de hambre,
lo permanente es la necesidad;
lo efímero es el placer de comer.*

Eduardo Báez Macías

¿Cuánto dura un poema
escrito en la arena
de la bajamar?

Soy una rosa de colores
en la alfombra de aserrín
donde zapatea el tiempo.

Nací durante una fiesta.
Ejerzo la pirotecnia.

Se me hizo tarde
para llegar al infinito...

Invitación

No sé la fecha
exacta
Ni la hora.
Vendrán los saltimbanquis,
los Borrachos y las malabaristas.
No faltarán tragafuegos.
Ni concheros,
sexofones,
tamboristas.
Habrá videntes, chamanes.
Y hartos poetas
contarán chistes
en japonés,
tsotsil
polaco
y árabe.
Nos reiremos a carcajadas.
Nadie estará triste.
Volarán papalotes.
Habrá cometas.
Volcancitos y luces de Bengala.
Todas las luciérnagas
y colibríes
están
cordialmente
invitados
A mi última fiesta.
Bienvenida
la zopilotada.

**El
Universo
no tiene muros
para impedir
el paso de los
trashumantes.**

¿Púas contra la migración de colibríes?

Las monarcas vuelan sobre la muralla
entre cuándo y ahora,

de

allá

para

acá,

donde no existe

ni dónde

ni cómo...

me

c

a

i

g

o

por el centro

de una elipse.

¿Qué tanto hace el Sol

todo el día?

Para conocer la luz,

estudié la oscuridad.

Entre átomos, la noche

c

a

e

Las estrellas fugaces; ¿a quién piden sus deseos?
 ¿Seré una puesta de sol?
 ¿Una puesta de sol puede tener más que un dueño?
 ¿Dos puestas de sol se pueden casar?
 ¿Sacrificar la Tierra para el banquete de los novios?
 ¿Echar el planeta por la ventana?
 Cae la noche.
 Ni modo de culpar a la puesta de sol.
 Una puesta de sol no tiene ni en dónde caerse muerta.
 La guerra es muy buena para darle vida a tu puesta de sol.
 Las bombas, las explosiones,
 como así también las irrupciones volcánicas
 los relámpagos...
 (¿Y el destello verde del dólar?)
 ¿Cuánto vale aquella puesta de sol?
 ¿Crees que dure?
 ¿Estás lista
 para soltarte?
 Estoy
 c
 a
 y
 e
 n
 d
 o
 hacia el amanecer.

Ámbar Past (Durham, 1949). Poeta, ensayista, narradora, alquimista, fundadora de Taller Leñateros y de la revista *La Jícara*. Es mexicana desde 1985. Tiene varios libros de poesía publicados, recopilados en *Huracana* (2006). Su obra ha sido traducida y publicada en japonés, italiano, francés, serbocroata, polaco, letón, inglés, árabe. Estos poemas, inéditos hasta ahora, forman parte de su libro en preparación *Después de Japón*.



Concurso 41 de Punto de partida



CRÓNICA

Primer premio

*Meditaciones moscovitas***Diego Olavarría Sayavedra**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

*Los últimos cautivos***Ignacio González Villarreal**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Magali Tercero

y Fabrizio Mejía Madrid

CUENTO

Primer premio

*El circo: un vistazo a la vida de los malabaristas***Jesús José Silveyra Tapia**

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Segundo premio

*Insecta, Hymenoptera: Formicidae***Fernando Galicia Gómez**

Facultad de Medicina-UNAM

Menciones

*Mantarrayas***Esteban Manuel Govea García**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Cambio de rumbo***Ricardo Diego Suárez Rojas**

Universidad Iberoamericana

*El tanatógrafo***Claudia Janet Morales Ramírez**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Anamari Gomis,

Andrés Acosta, Marcial Fernández

y Fernando de León

CUENTO BREVE

Primer premio

*Ni regreses si estás con esa ramera***Erick Raúl Salas Martínez (Ériq Sañez)**

Escuela de escritores de la SOGEM

Segundo premio

*Un episodio italiano***Adolfo Ulises León López**

Escuela Nacional Preparatoria Plantel 9, "Pedro de Alba"

Menciones

*Sin título ("La tierra mojada")***Fermín Aurelio Valenzuela Franco**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*La vida acuática de Lino***Cinthya García Leyva**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Tras la fiesta de las balas***José Luis Gómez Vázquez**

Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

*El cuento del día después***María Teresa Rodríguez González**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El problema son los jóvenes***Erik Escudero Martínez**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

*Versiones***Enrique Ángel González Cuevas**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El espejo***Leonardo González Vidal**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Ana García Bergua, Eduardo

Antonio Parra y Francisco Hinojosa

ENSAYO

Primer premio

*Tres variaciones sobre Plinio***María Teresa Rodríguez González**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

*Fortis imaginatio generat casum***Karla Aurora Olvera Villegas**

El Colegio de México

Jurado: Geney Beltrán Félix,

Hernán Bravo Varela y Luis Felipe Fabre

FOTOGRAFÍA

Primer premio

*Sierra Nahual***Eduardo Medina Salazar**

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Segundo premio

*Niña de Luna y Tierra***Claudia Irene Hernández Mendoza**

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Mención

*Pobreza urbana***Rodrigo Alonzo Muñiz**

Facultad de Arquitectura-UNAM

Jurado: Yvonne Venegas, Nicola Lorusso

y Fernanda Sánchez-Paredes

GRÁFICA

Primer premio

*Cruz y Ficción***Mario Maldonado Reyes**

Escuela Nacional de Artes Plásticas

Academia de San Carlos-UNAM

Segundo premio

*Vudú***Christian Mariano Becerra Salazar**

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda"

Mención

*Desplazamientos, memorias y construcción***Édgar Antonio Bautista Bautista**

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Jurado: Gilda Castillo, Roberto

Carlos Hernández Aranda

y Santiago Ortega

POESÍA

Primer premio

*Entomofilia***Luis Flores Romero**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

*Introspectiva del paisaje***Ari Jonathan García González**

Escuela Normal de Maestros, Educadoras y Normal Superior "Justo Sierra"

Jurado: Enzia Verduchi,

Ernesto Lumbleras y Julio Trujillo

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

*Seis traducciones de Cummings***Ana Laura Magis Weinberg**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

*En el poema que escribo**desde el comienzo de Marsella,**de Sylvie Durbec***Karla Aurora Olvera Villegas**

El Colegio de México

Mención

*He visto las mejores mentes**de mi generación destruidas**por Google***Christian Jaime Veloz Lucas**

Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

*El beso***Zeidy Zady Canales Violante**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Marina Fe y Mónica Mansour

Concurso 41

Segunda entrega

CUENTO BREVE / Jurado: Ana García Bergua, Eduardo Antonio Parra, Francisco Hinojosa

Ni regreses si estás con esa ramera / Primer premio

Ériq Sáñez McEergüeck (Erick R. S. M.)

Escuela de Escritores de la SOGEM

Un episodio italiano / Segundo premio

Adolfo Ulises León López

Escuela Nacional Preparatoria Plantel 9, Pedro de Alba

GRÁFICA / Jurado: Gilda Castillo, Roberto Hernández Aranda, Santiago Ortega

Cruz y Ficción / Primer premio

Mario M. Reyes, maestría en Artes Visuales

Academia de San Carlos, ENAP-UNAM

Vudú / Segundo premio

Christian Mariano Becerra Salazar, Artes Plásticas y Visuales

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Marina Fe, Mónica Mansour

Seis traducciones de cummings / Primer premio

Ana Laura Magis Weinberg, Letras Modernas Inglesas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En el poema que escribo desde el comienzo de Marsella, de Sylvie Durbec / Segundo premio

Karla Olvera, maestría en Traducción

El Colegio de México

Ni regreses si estás con esa ramera

Ériq Sáñez McEergüeck (Erick R. S. M.)

ESCUELA DE ESCRITORES DE LA SOGEM

¿Qué está pasando?, ¿qué significa ese mensaje? ¿Que te diga qué? ¿Qué quieres que te diga? ¿Yo qué voy a andar sabiendo? ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde? ¿Cómo que dónde?, ¿pues dónde más? ¿Qué no te avisé de la junta? ¿No te lo dije cien veces, acaso? En vez de mi culpa, ¿no crees que sea que no me pones atención? ¿Justificar qué? ¿No ves que no podía y me estás haciendo lo mismo...? ¿Pero cómo no me voy a enojar, María? ¿Entiendes lo que dices? ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Tú cómo te pondrías?, ¿tú cómo te pondrías? ¿Qué no ves que estaba ocupado? Ya estoy grandecito, ¿no? ¿Pues en qué más?, ¿en qué más? ¿Dónde estás que se oyen tantos coches? ¿Cómo te iba a ver si aquí he estado todo el día? ¿Y para qué iba a ir a esos lugares?, ¿entiendes que ése era mi padre y que yo no soy mi padre? ¿Hubieras preferido que no te lo contara? ¿No te dije que ni las conozco? ¿Qué más quieres que te diga, si no me vas a creer? ¿Quieres que te pase a Tadeo o a Magda?, ¿eso quieres, chingada madre? ¿Por qué no iba a ser la misma persona? ¿No ya hasta has venido? ¿No has visto que tiene sesenta años, María? ¿Otra amiga?, ¿de qué me hablas? ¿Crees que me voy a ir a poner en ridículo como quieres? ¿Pues qué no es obvio que tú, si tú eres mi...? ¿Y no también es importante, si de eso comemos? ¿No ves que es mi trabajo? ¿Por qué te van a mentir? ¿Quieres poner una puta cámara? ¿Qué? ¿De qué me hablas, dónde? ¿Miedo de qué? ¿Y si reviso, María? ¿Por qué? ¿Pues qué acaso no es mío? ¿Por eso lo llevaste a lavar? ¿Cuándo, María, cuándo te he...? ¿En la calle? ¿No te das cuenta de que me tuve que salir para que nadie me escuche hablando contigo? ¿Y quién empezó a ladrar...? ¿No ves que no soporto este martirio? ¿María? Puta madre. Ahora va a decir que yo le...

¡No, no te colgué, se me acabó el crédito! ¿Vas a hacer una tontería de nuevo? ¿Ah, sí? ¡Miren todos, vengan todos; griten si pueden! ¿Así, quieres el altavoz o una maldita bocina? ¿Sí puedes, por favor, Magda?





En Sarajevo, las colinas circundantes, parques, jardines y camellones se convirtieron en cementerios. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°

¿Sí, bueno? ¿No me oye? ¡Digo que bueno! ¡Mire, habla Magdalena! ¡La reunión se alargó y acabamos de salir! ¿Qué? ¡No podíamos contestar! ¡Salimos agotados, no podíamos parar! ¡Pero si incluso lo felicitaron! ¿Cómo raro? ¿Fingiendo mi...?, ¿cómo dice eso, señora María? ¿No se acuerda de la fiesta del ingeniero Cruz? ¡Cruz! ¡Sí, ahí mismo! ¿Mi teléfono? ¿Cómo lo...? ¿En qué momento!? ¡Óigame, yo no le permito...! ¡Pues si fue hace dos meses déjeme decirle que ya no uso ese número, por eso le contestó otra persona! ¿Cómo voy a andar haciendo eso? ¡No, señora! ¡Yo no me presto a esos juegos y usted no tiene derecho ni de revisar mis cosas ni de interrogarme sobre mi vida personal! ¿En una fiesta? ¿Cuál música? ¡Mejor le paso a...! ¡Que no! ¡Y déjeme decirle otra cosa, aquí frente a su...! ¡Sí, se la voy a decir!, ¡si vuelve a acercarse a mí la...! ¡Ramera tú, pinche vieja enferma! Vete a calmar a tu reputa madre, Christopher, porque acaba de colgar. [Ⓟ]

Un episodio italiano

Adolfo Ulises León López

ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, PLANTEL 9, PEDRO DE ALBA

Irremediablemente moriría. Todos lo sabíamos, no podía ocurrir de otro modo. Cuando comenzó a hojear *The New York Times* y en ninguna página encontró su nombre ni su foto, creyó, estúpidamente, que se habían olvidado de él, que la primera plana, dedicada a Giuseppe Bontempelli (baleado la noche anterior en su Packard), le serviría de puerta trasera y así podría darse a la fuga. No. Estaba más acorralado que una rata, la policía lo buscaba, sus amigos lo habían traicionado y sus compatriotas querían matarlo. Era cuestión de minutos para que cayera; ni su astucia, ni su excelente puntería, ni los buenos deseos de Fernanda podrían salvarlo. Bebió un sorbo de café, despacio, mojándose los labios. Se puso de pie y dejó sobre la barra los últimos centavos que le quedaban. Al salir se acomodó el sombrero más allá de la frente para pasar desapercibido. Caminó hasta un callejón donde había aparcado su Oldsmobile negro; la noche anterior había llovido en Manhattan y el vapor escapaba de las alcantarillas. Condujo por la Avenida Madison hasta llegar a un apartamento en Midtown, donde vivía su novia Emma Wright. La conoció en una fiesta de la mafia y fue la única en no darle la espalda. Tenía planeado escaparse con ella a las Antillas para no regresar nunca. Llegó al apartamento y encontró la puerta entreabierta. Emma, *are you here?*, preguntó apoyando la mano sobre su revólver. Nadie contestó; entró, y en ese momento dos hombres cayeron sobre él; uno lo desarmó y el otro lo obligó a aspirar un pañuelo para desmayarlo. Cuando abrió los ojos se encontró atado de pies y manos a una silla. Frente a él, en su silla de ruedas, Luigi Vittorini fumaba. Estaban en alguna embarcación porque sentía oscilar el piso. Además de Luigi, lo acompañaban los hijos de Bontempelli. No tenía caso que lo interrogaran, ellos sabían todo. Cesare, tú sabes que es tradición de familia decapitar traidores, dijo Luigi esforzándose por sonreír. Cesare Pirandello, ése era el nombre del niño que llegó con sus padres a probar suerte en América en la primera década del siglo veinte y que, de simple mensajero, saltó a contrabandista. Luigi pidió su bastón y golpeó a Cesare en el rostro hasta deshacerle la boca. Fernanda se estremeció, los golpes le dolieron como si ella los hubiera recibido. ¿Dónde está tu honor, perro?, gritó Federico Bontempelli. En el coño de tu madre, balbuceó Cesare; le brotaba sangre de la boca y parecía que el labio inferior se le desprendería. ¿Dónde tienen a Emma?, preguntó Cesare, déjenla. Luigi tronó los dedos y mandó a Carlo Bontempelli en busca de la mujer. Pasó menos de un minuto y el hombre regresó con la cabeza de Emma



Mostar, Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°

en la mano. Despídete el tiempo que quieras. Carlo colocó la cabeza de la muerta frente a Cesare e hizo que se besaran una y otra vez, como si se tratara de dos muñecos. Los otros reían. Luego, Luigi sacó de su gabardina un cuchillo sin filo, oxidado, que colocó en la yugular del traidor para cercenarlo poco a poco. En ese momento Fernanda no soportó más, debía hacer algo, así que tomó lo único que tenía a su alcance: un puño de palomitas, y se abrazó contra mí esperando que la película terminara. **P**

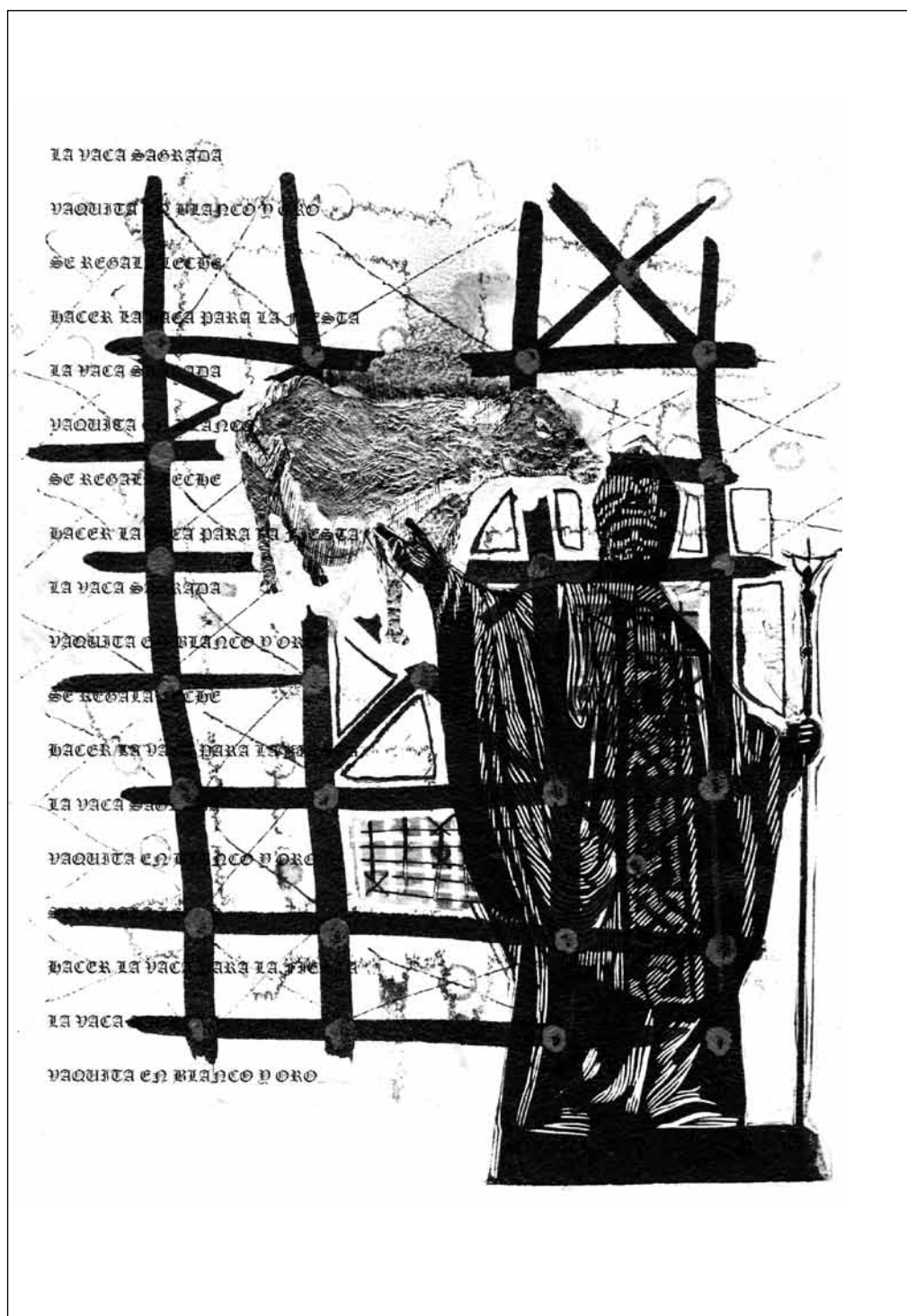
Cruz y ficción

Mario M. Reyes

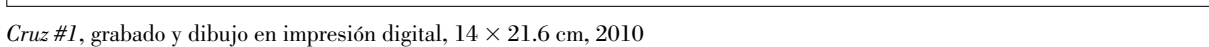
ACADEMIA DE SAN CARLOS, ENAP-UNAM

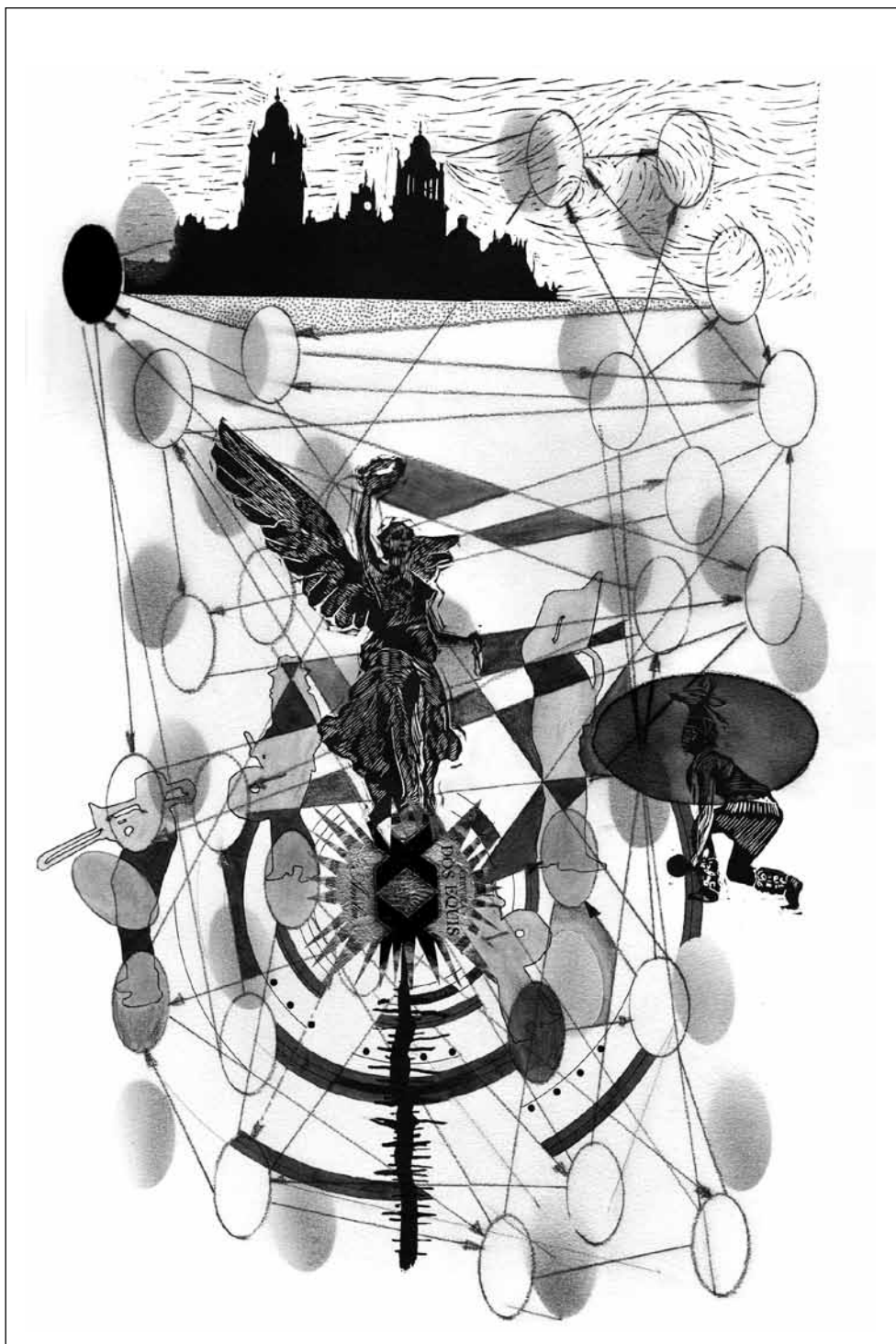


Cruz y ficción #1, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010

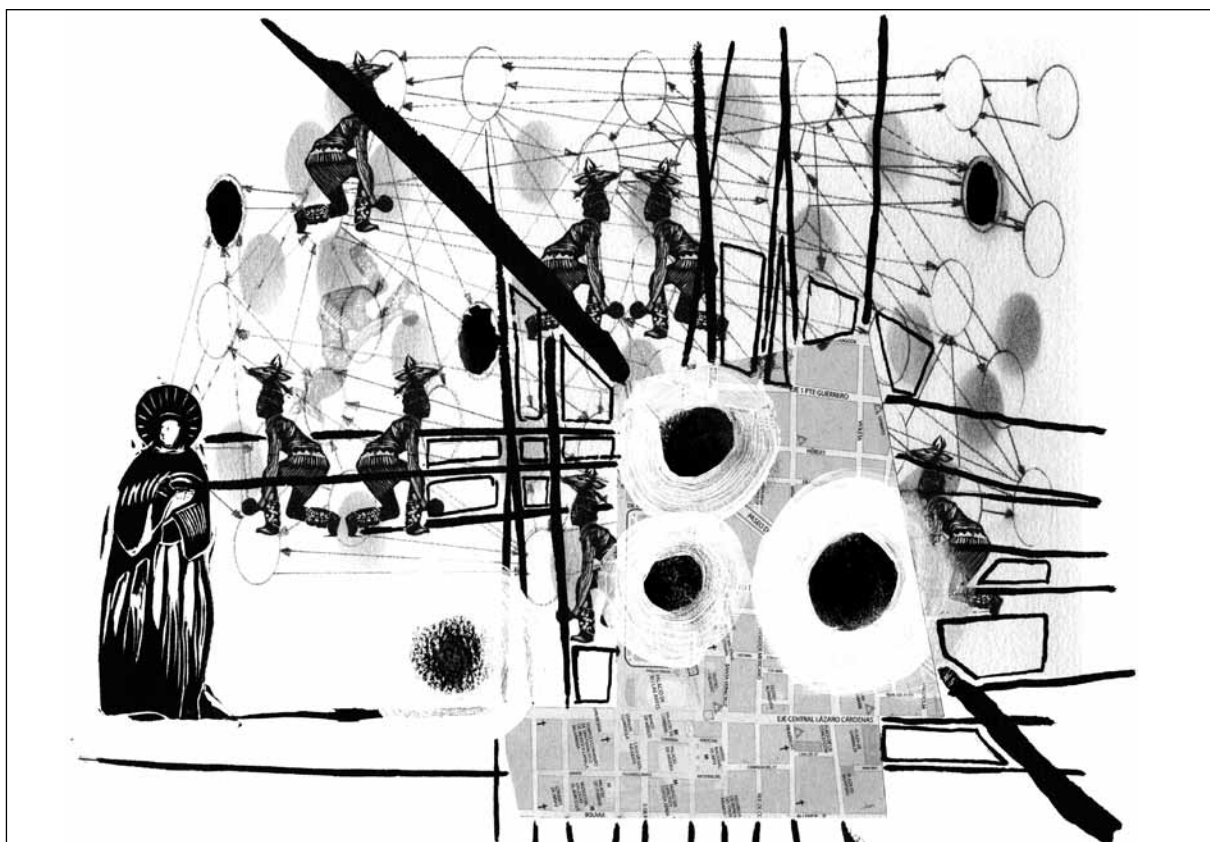


Cruz y ficción #2, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010

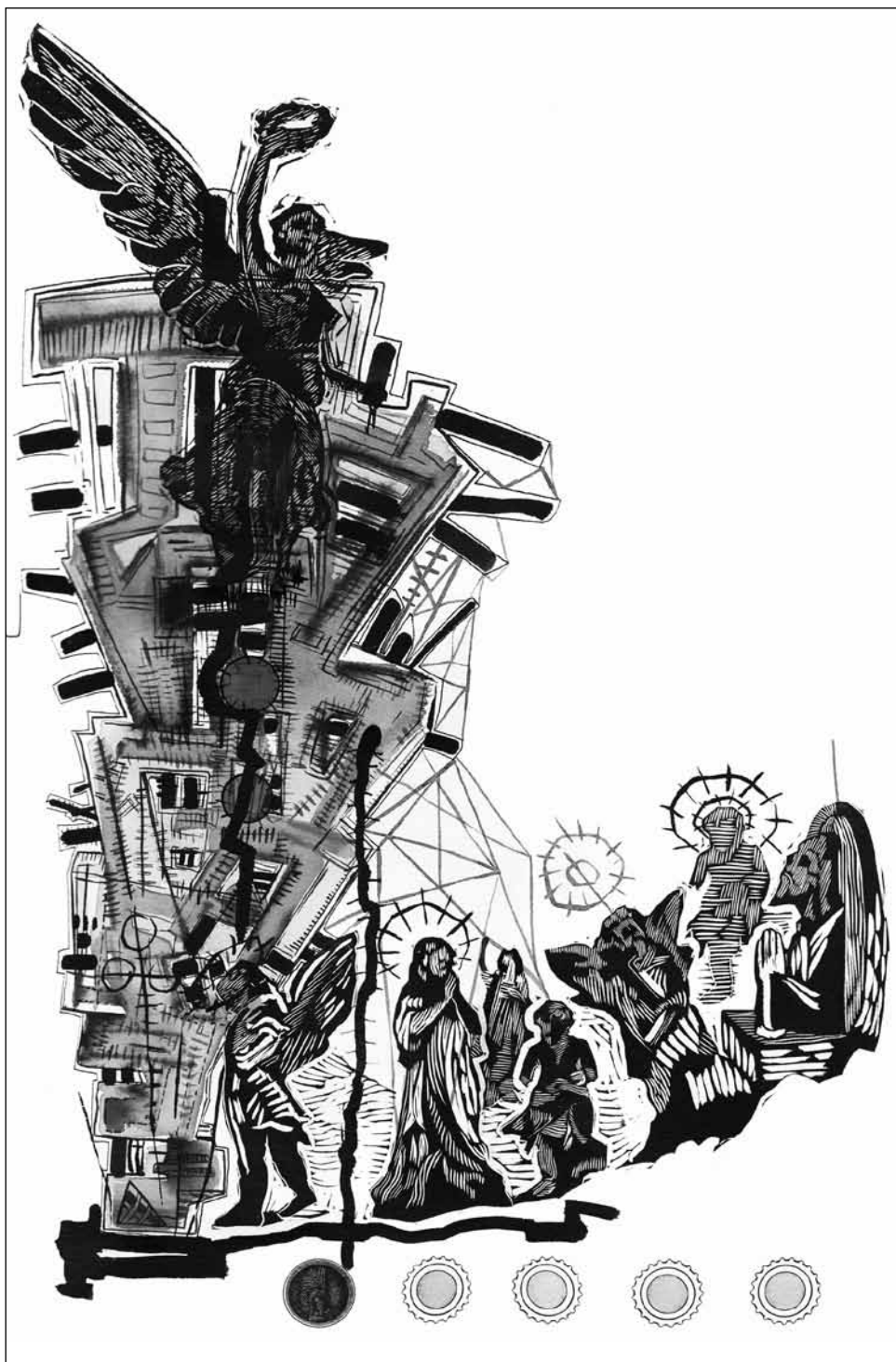




Cruz #2, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010



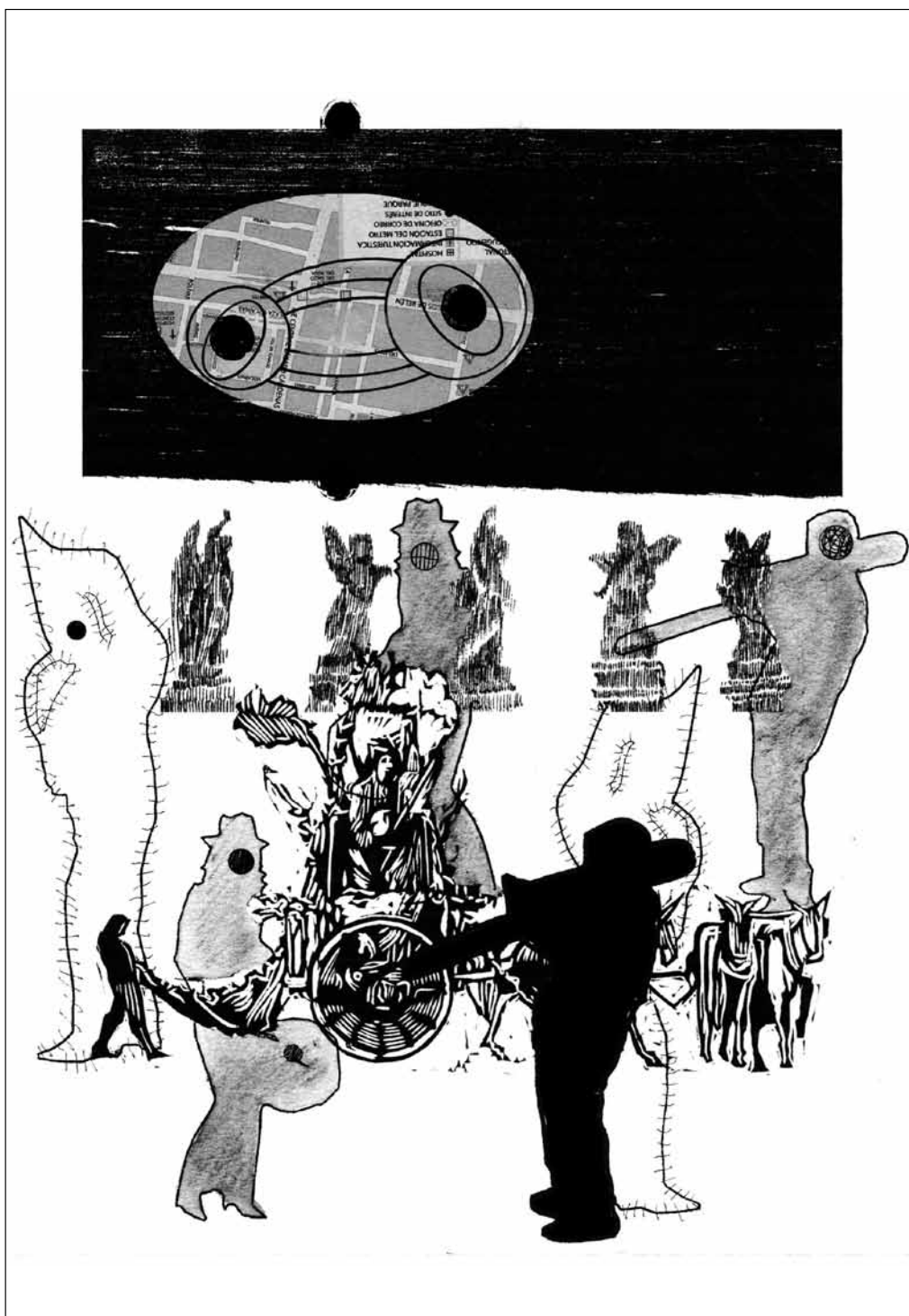
Cruz #3, grabado y dibujo en impresión digital, 14 × 21.6 cm, 2010



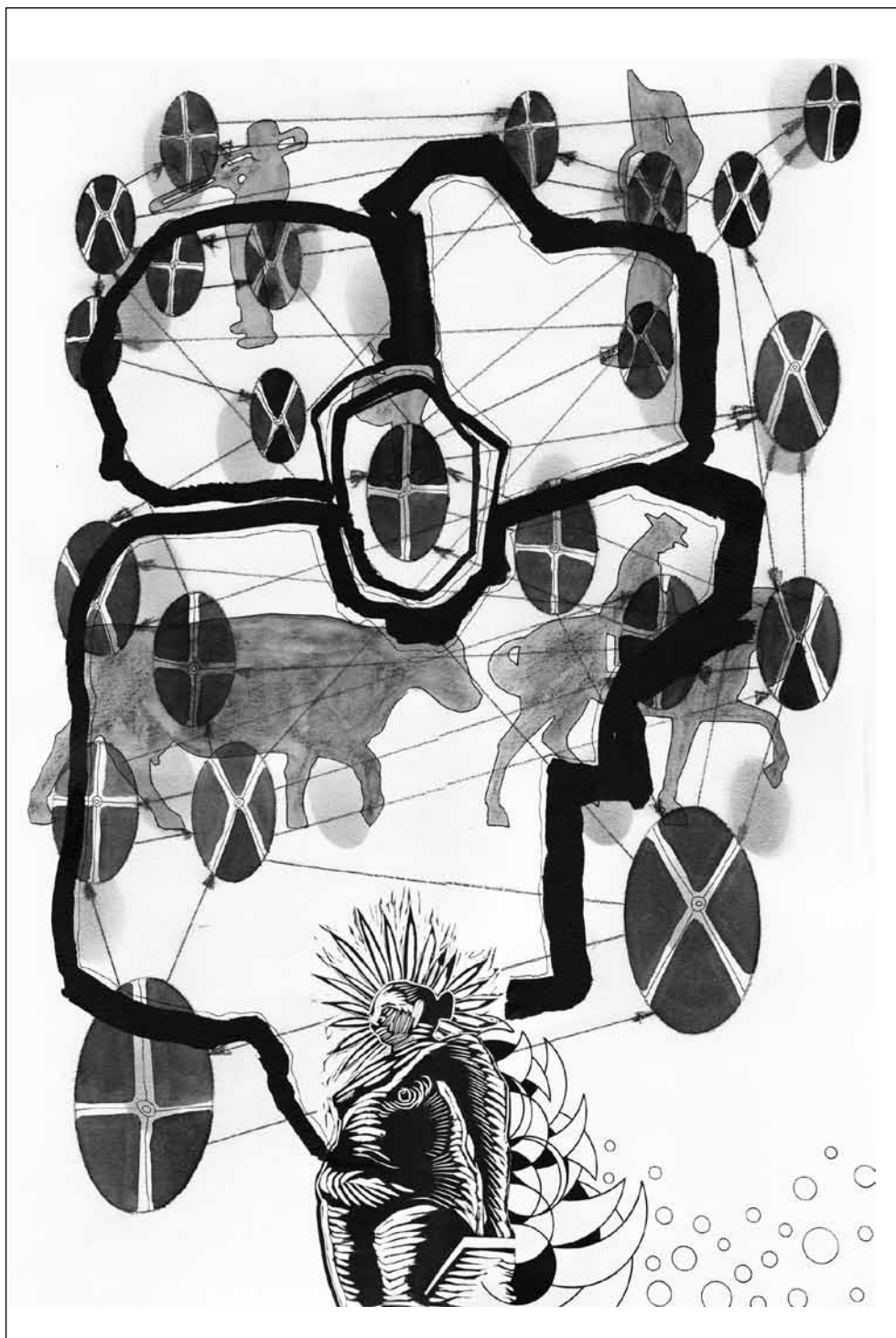
Cruz #4, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010



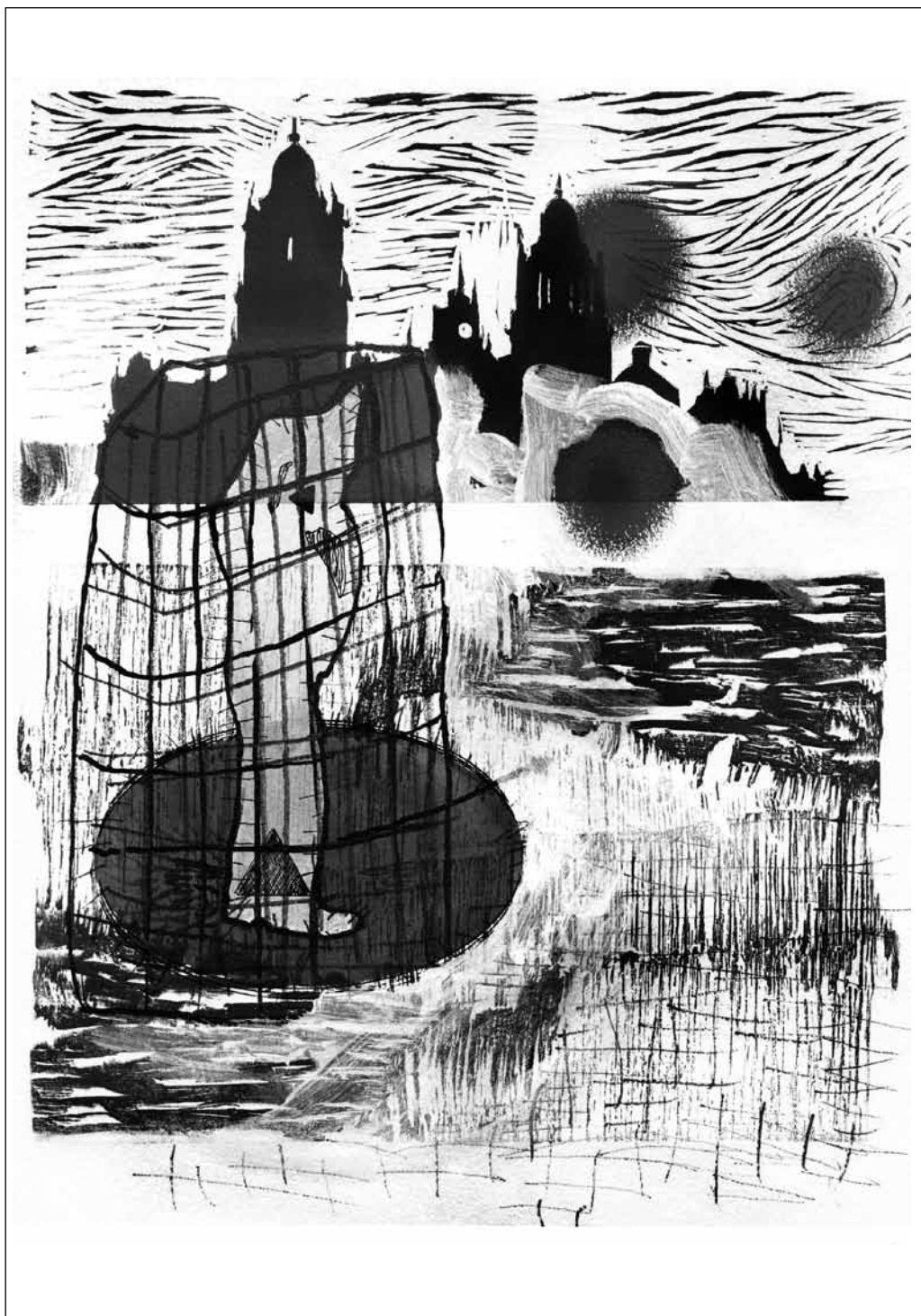
Ficción #1, grabado y dibujo en impresión digital, 14 × 21.6 cm, 2010



Ficción #2, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010



Ficción #3, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010



Ficción #4, grabado y dibujo en impresión digital, 21.6 × 14 cm, 2010

Seis traducciones de cummings

Ana Laura Magis Weinberg

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

e. e. cummings, *Complete Poems 1904-1962*, ed. George J. Firmage, Liveright, Nueva York, 1991.

Para Gregorio por abril de 2004

Prefacio [a is 5]

Suponiendo que mi técnica es complicada u original o ambas, la editorial me ha solicitado amablemente que escriba una introducción para este libro.

Por lo menos mi teoría de la técnica, si es que tengo una, está muy lejos de ser original; tampoco es complicada. La puedo expresar en trece palabras, al citar *La Pregunta Eterna y Respuesta Inmortal del Burlesco*, es decir: “¿Golpearía a una mujer con un niño? —No, la golpearía con un ladrillo.” Como el comediante burlesco, estoy anormalmente apegado a esa precisión que genera movimiento.

Si un poeta es alguien, es alguien a quien las cosas ya hechas le importan muy poco: alguien obsesionado con Hacer. Como toda obsesión, la obsesión con Hacer tiene desventajas; por ejemplo, mi único interés en hacer dinero sería el hacerlo. Afortunadamente, a pesar de esto, preferiría hacer cualquier otra cosa, incluyendo locomotoras y rosas. Es con las rosas y las locomotoras (sin mencionar a los acróbatas la Primavera la electricidad Coney Island el 4 de julio los ojos de los piojos y las Cataratas del Niágara) que mis “poemas” compiten.

También compiten contra ellos mismos, con elefantes, y con El Greco.

Una preocupación forzosa con El Verbo le da al poeta una ventaja invaluable: mientras los nohacedores tienen que conformarse con el hecho innegable de que dos y dos son cuatro, él se regocija en una verdad absolutamente irresistible (que se puede encontrar, en revelador disfraz, en la portadilla de este volumen).

p. 31: Paciente. Hospital Psiquiátrico de Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. Foto: Ricardo Ramírez Arriola / 360°





Niño jugando entre los escombros de su casa y las zonas minadas que aún la rodeaban en Stolac. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. Ricardo Ramírez Arriola / 360°

IX

si te gustan mis poemas déja-
los caminar en la tarde, un poquito atrás tuyo

entonces la gente dirá
“Por aquí vi pasar a una princesa
de camino a ver a su amante (era
casi el anochecer) con sirvientes altos e ignorantes”.

V

si he hecho, señora mía, cosas varias
complicadas imperfectas que ofenden más que nada
tus ojos (más frágiles que lo frágiles que son los sueños más profundos)
canciones menos firmes que la más blanca canción de tu cuerpo
sobre mi mente—si no he podido atrapar
la mirada tan tímida—si por mis cantos se desliza
la extremada y hábil extrañeza de tu sonrisa
el entusiasta y prehistórico silencio de tu pelo

—deja que el mundo diga “la más sabia de su música no le robó
nada a la muerte”—

sólo tú crearás

(que estás tan perfectamente viva) mi vergüenza:
señora por cuyos labios profundos y frágiles
los dulces piecitos torpes de Abril llegaron

al campo desolado de mi alma.

XIV

hace ya tanto tiempo desde que mi corazón estuvo con el tuyo
encerrado por nuestros brazos que socializan por
una oscuridad donde las luces nuevas empiezan y
aumentan,
ya que tu mente ha entrado en
mi beso como un extraño
en las calles y colores de una ciudad—

que tal vez he olvidado
cómo, siempre (desde
estas crudezas de sangre y carne

que se apuran)el Amor
acuña Su gesto más gradual,

y talla la vida en la eternidad

—después del cual nuestros cuerpos que se separan se vuelven museos
llenos de recuerdos hábilmente disecados

VII

porque sentir es primero
quien preste atención
a la sintaxis de las cosas
nunca te va a besar por completo;

ser un tonto por completo
mientras la Primavera está en el mundo

mi sangre está de acuerdo,
y los besos son un mejor destino
que la sabiduría
señora lo juro por todas las flores. No llores
:el mejor gesto de mi cerebro es menos que
el revoloteo de tus párpados que dice

que somos uno para el otro; luego
ríe, recostándote en mis brazos
porque la vida no es un párrafo

Y la muerte creo no es ningún paréntesis

LVII

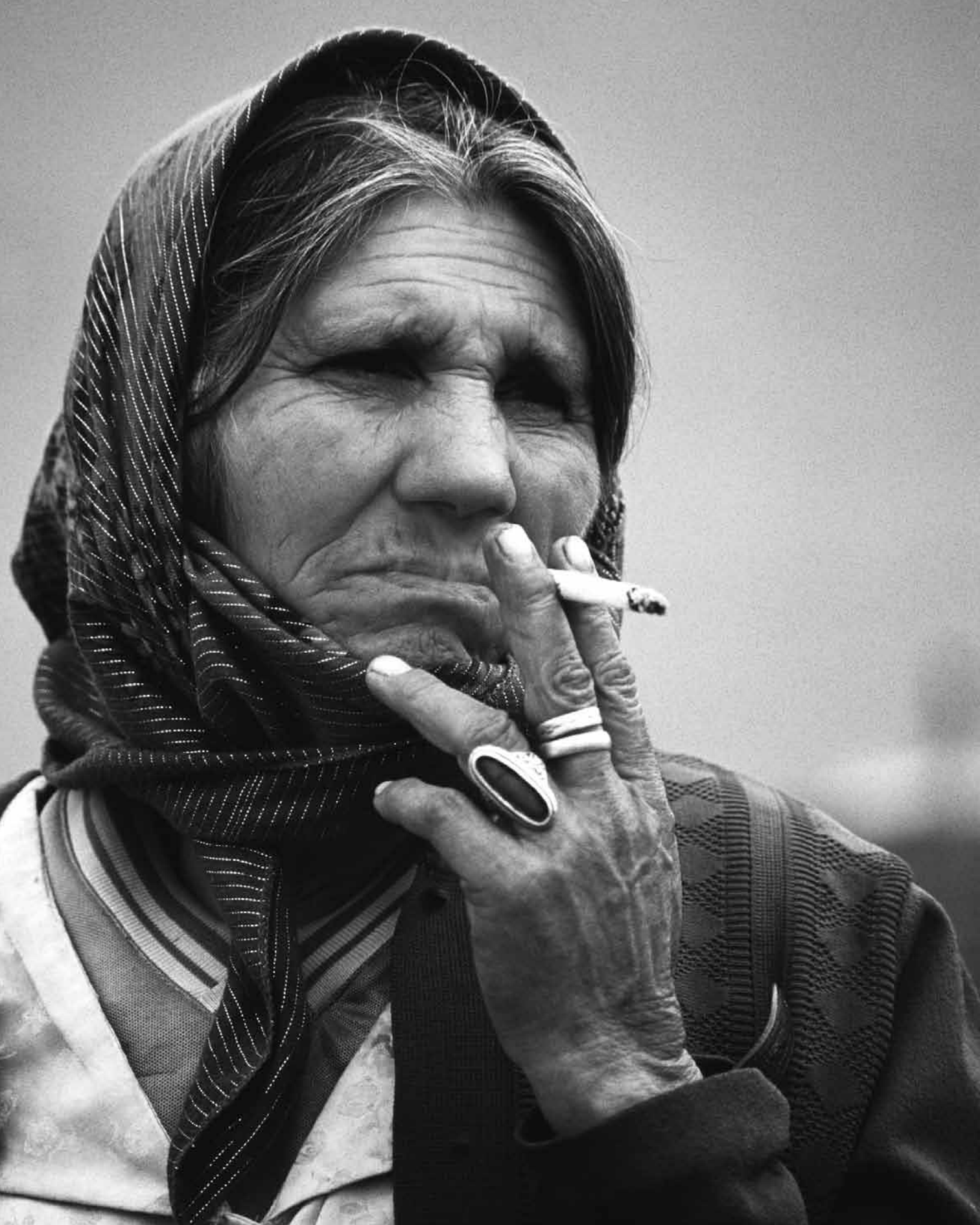
en un lugar al que nunca he viajado,felizmente más allá
de toda experiencia,tus ojos tienen su silencio:
en tu gesto más frágil hay cosas que me encierran,
o que no puedo tocar porque están muy cerca

tu mirada más leve fácilmente me descierra
aunque me he cerrado como dedos,
siempre me abres pétalo a pétalo como la Primavera abre
(tocando con maestría,con misterio)su primera rosa

o si tu deseo fuera cerrarme,yo y
mi vida nos extinguiremos muy hermosamente,repentinamente,
como cuando el corazón de esta flor imagina
la nieve con cuidado por todas partes descender;

nada que podamos percibir en este mundo iguala
el poder de tu intensa fragilidad:cuya textura
me atrae con el color de sus países,
dando muerte y eternidad con cada respiración

(no sé qué tienes que se cierra
y se abre;sólo algo en mí entiende que
la voz de tus ojos es más profunda que todas las rosas)
nadie,ni siquiera la lluvia, tiene manos tan pequeñas



En el poema que escribo desde el comienzo de Marsella (Sylvie Durbec)

Karla Olvera

EL COLEGIO DE MÉXICO

"Dans le poem que j'écris depuis le commencement de Marseille", en Sylvie Durbec, *Marseille éclats & quartiers*, Éditions Jacques Brémond, Remoulins-sur-Gardon, 2009.

En el poema que escribo desde el comienzo de
 Marsella, los animales se disfrazan de vegetales
 Y las palabras de animales,
 Desde el comienzo del poema escrito en mi piel de
 pequeña niña azul
 Cuando tenía un padre y una madre,
 Una ciudad Marsella alrededor de la cintura
 Como un anillo de bodas,
 Yo escribía como se sueña
 Como se juega a la rayuela
 Desde el Infierno hasta el Paraíso
 Sin hacer tregua.

Entre las palabras está el silencio
 Que hacemos callar
 A punta de gritos
 Cuando sabemos hacerlo.

En el poema que escribo desde el comienzo de
 Marsella sobre mi piel

p. 36: Mujer rom o gitana, recién expulsada de Italia, en su nuevo asentamiento en la periferia de Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°

Se pasea la letra Z
 Sin cola ni cabeza por mis palabras
 Por los momentos de locura, por los dolores de cabeza también
 Y es la letra que prefiero
 Final de todos los sueños juntos y de todos los libros
 Conclusión oscilante entre la infancia y la muerte
 Z es una puerta abierta entre el mar y el océano, los pájaros
 bailan en una isla
 Z se pasea ahí desnuda.

Ya no tengo el anillo alrededor de la cintura
 Marsella no rodea más mis huesos como un anillo
 Aunque la letra Z perdura sobre mi piel
 Ella es el comienzo del poema y el final
 del comienzo
 Ella sola es Marsella y Oriente Asia y Finlandia
 Canto la letra y la palabra ausente en la letra
 Canto la ausencia de palabras y la presencia de letras

Todo mi esqueleto lo veremos
 Está tatuado de letras
 Clic cloc clac él hará
 Y serán zetas
 Como un jazz ensordecedor de Marsella
 Que escucharemos
 Cuando SD muera
 Tendrá que
BAILAR EN EL DESIERTO
 Tan pronto como se abren las puertas del hospital donde nació
 El poeta conoce
 El límite del río en él:
 en un riachuelo del estacionamiento
 vi escurrir al Ganges y al Nilo

y me armé con toda
 mi debilidad
 preguntándome: ¿tengo la fuerza
 de agrandar el estacionamiento del hospital
 hasta las dimensiones del mundo?

La juventud avanza deslumbrante inútil
 atravesando el mar volviendo y partiendo
 uniendo en una palabra el sueño y el habla.

Pero el poeta no lleva sino su
 cansancio como prenda de rosa en prenda
 de corsé de amor

y no levanta su cara mas que con arrepentimiento
 impotente para utilizar otra máscara alegre y exótica
 en venta en la feria de las Vanidades
 comprada tan cara muy tarde
 para esconder la miseria al decir
 ¡buenas noches!

Pero el río continúa avanzando hacia el mar y las islas
 sin nadie para retenerlo ni barrera de hierbas ni de palabras
 ¡y los poetas son bestias que creen detenerlo!

Habría entonces que haber atravesado la Tierra del Fin.

Las sombras son azules
 es el verano
 en una habitación de hospital
 un pájaro voló

y dejó su trazo en la tierra.
 Los árboles siguen temblando
 como yo bajo las sábanas escondida
 tiemblo.

El verano se deja llevar
 Hacia el invierno por la primavera
 Y yo bebo café pensando en el sol
 Quemante
 ¡De allá afuera!

Lo que yo buscaba
 Una tierra
 Lejana con grandes árboles blancos
 Donde reposar un cansancio ancestral
 Y yo la llamaba Finlandia
 Donde bailar
 Se parecía a esta calle de Lisboa que yo conocía
 Gris y un poco triste
 Una calle donde se juntan los gitanos enojados
 Y un poeta enfermo, donde se venden frutas también
 Y ahora
 En Marsella
 En el calor mojado busco unos ojos
 Los árboles blancos abedules de plata
 Y todos los helechos de Finlandia
 Para refrescar el viento de la noche.

El estacionamiento del hospital hoy
 No me pertenece más.

Ayer me creí poeta de estacionamiento
 Al transformarlo en una tierra nueva
 Silenciosa y libre como un río.
 Ayer diez pequeñas historias nacieron aquí,
 Ninguna se me ha acordado hoy
 A causa del trabajo y los coches.
 Ayer era domingo
 es lunes hoy.
 La tierra del fin termina en el agua de lluvia
 retenida al fondo del estacionamiento del hospital toda una noche
 y borra el dolor tenaz
 del durmiente que se volverá bailarín.

El frío
 recorta rayas
 en mis pasos
 a menos que sea
 en mis piernas
 o incluso
 en las líneas que escribo
 frente al frío
 afuera adentro.

El perfil del árbol
 canta una cuna
 dónde está el corazón
 del paisaje
 pregunta una mujer
 ¿A la izquierda?
 ¿A la derecha?
 Y luego se duerme.
 Vivimos apenas
 abrimos la ventana

y respiramos
Nos vamos
y exploramos los bosques
las ciudades
La luna es una amiga
El sol un vecino
Nuestros dedos dibujan
la sombra de una partida
sobre la pared azul.

Y siempre
el doble enigma
de un rostro
me retiene.
¿Quién está ahí
Múltiple voz
espeso silencio
en la mirada
desviada?

Mi dibujo se borra
por culpa del lápiz
y de la goma
Y la frase que escribo
a la debilidad
de mi mano.

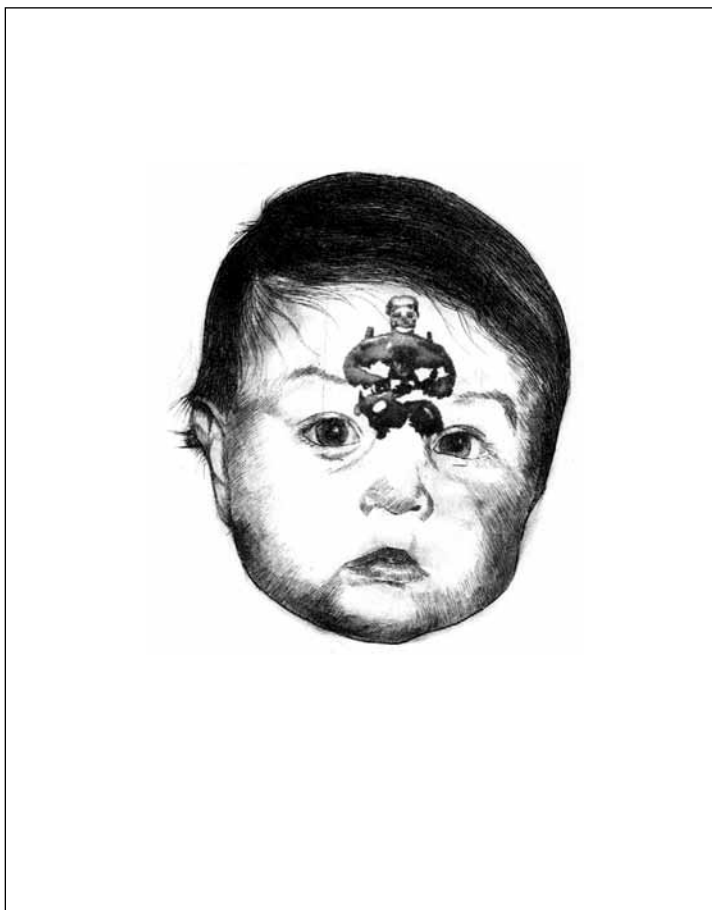
Son pocas palabras, poco
sueño. Poco
Como si nuestras fuerzas no tuvieran
el deseo
de ir más lejos en los países

que abrimos
 en el corazón de Marsella.
 Afuera el viento respira
 sordamente
 deshaciendo poco a poco
 la arquitectura de los árboles
 tan bien ordenada.
 El cielo mismo se deja
 flechar e inmóvil,
 espera a que se produzca
 un suceso.
 Sólo el lápiz —y su mina
 ligera—
 acompaña mis viajes
 a través del vidrio, de la cama
 a la rama tierna
 de la gran acacia.
 Leyendo historias de poetas,
 me pregunto cuál
 es mi historia:
 aquella de mi cansancio o la de
 mi vigor,
 y en el diccionario,
 pacientemente, busco
 el sentido de las palabras.

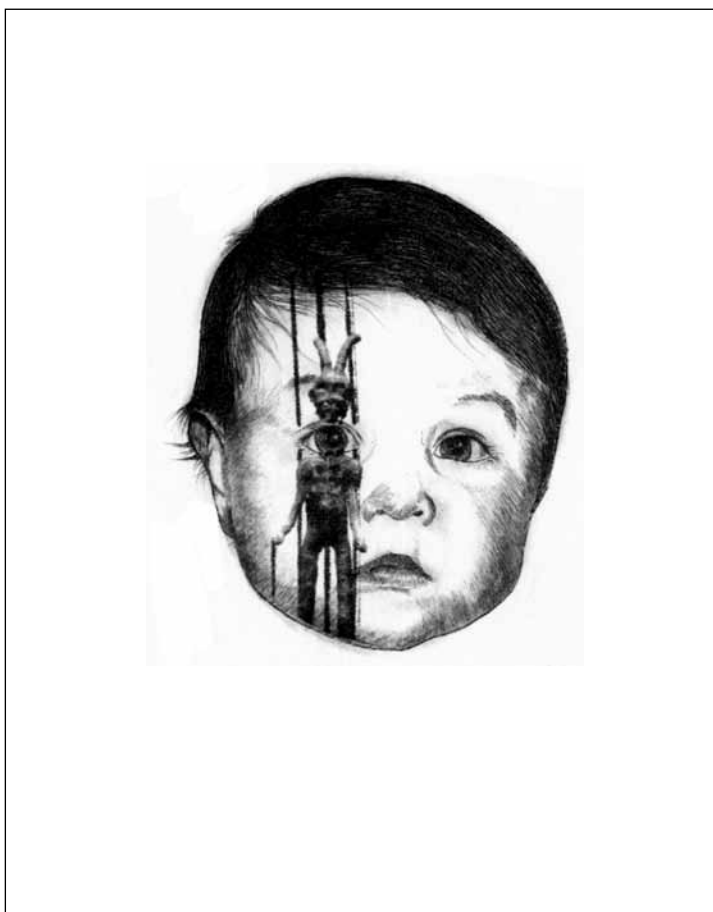
Vudú

Christian Mariano Becerra Salazar

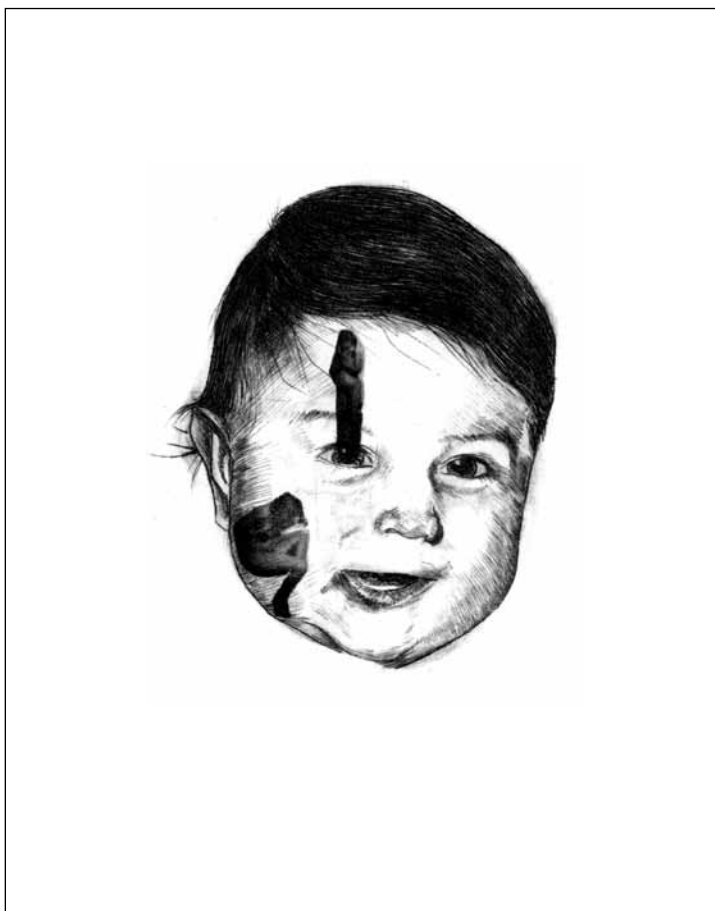
ESCUELA NACIONAL DE PINTURA, ESCULTURA Y GRABADO LA ESMERALDA



Vudú, puntaseca, 9,5 × 12 cm, 2009



Vudú, puntaseca, 9.5 × 12 cm, 2009



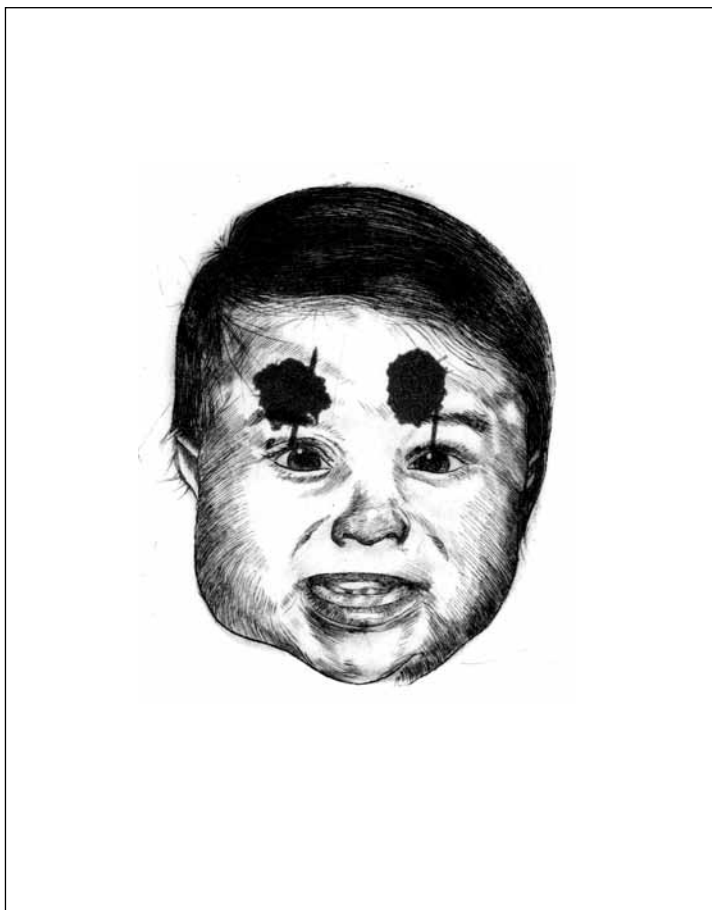
Vudú, puntaseca, 9.5 × 12 cm, 2009



Vudú, puntaseca, 9,5 × 12 cm, 2009



Vudú, puntaseca, 9.5 × 12 cm, 2009



Vudú, puntaseca, 9.5 × 12 cm, 2009

pp. 50-51: Pacientes. Hospital Psiquiátrico de Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000.
© Ricardo Ramírez Arriola / 360°





Nuevo remedio contra la gingivitis

A propósito de *Las encías de la azafata*,* de José Israel Carranza

Víctor Cabrera

1. La aeromoza que sabía demasiado

En su sonrisa irresistible / se anuncia un suave cataclismo

Santiago Auserón

A brocharse el cinturón y partir de una incierta certidumbre: la azafata sabe. Basta una leve turbulencia, una apenas perceptible variación de la altitud, un sordo cascabeleo de la tuerca más recóndita de la turbina para advertir, en el brillo veloz y urgente de la mirada que intercambia con su compañera de vuelo, la magnitud de ese saber.

Lo que sabe, ella misma lo ignora: no sabe que sabe. O mejor: precisa de testigos para que, *en* y *desde* ella, aquello revele en toda su dimensión la verdad de su sospecha. El riesgo —a un tiempo fugaz y permanente— que su mirada descubre, lo encubre inmediatamente la sonrisa, entre beatífica y sensual, que pretende distraernos de nuestra congoja viajera. Porque nuestras posibles certezas (la repentina descompresión del aparato, la avería de alguno de sus motores, el latente desvío de la ruta de vuelo, el acuatizaje forzoso o el ineluctable agotamiento de las reservas de whisky) son apenas sus presentimientos, la azafata sonríe. Lo que sus ojos evidencian (la posibilidad del avionazo histórico o la simple carestía de cocacolas) lo disimula la sonrisa, y quizá en esa tensión radique la pasión o el simple gusto por un oficio.

2. El arte de pelar los dientes

Como la azafata, el ensayista revela y duda a un tiempo, intuye y conjetura sin perder el estilo. Como aquella, con los pies firmemente puestos en el pasillo de lo endeble y lo provisorio, él también avanza confiadamente por la precaria atmósfera de sus suposiciones. Especialistas en trayectos, observadores más que navegantes, primero que la llegada a un destino lo de ambos son las incidencias del traslado (“la maravilla siempre nueva que depara la intuición cuando se combina con el cálculo del porvenir”, ha escrito José Israel Carranza). A medio camino entre el piloto y el pasajero, entre el docto y plúmbeo tratadista y el curioso lector, la azafata y el ensayista orientan desde sus propias corazonadas, señalan salidas de emergencia, sugieren procedimientos de cuyo dominio ellos mismos no estarían tan seguros a la hora de la catástrofe. Cada despegue presupone un aterrizaje, pero nadie cuenta con suficientes garantías. Y allí están ellos para recordárnoslo. Acaso lo de ambos sea, en el fondo, el extravío o la ulterior caída, y tal vez estén ahí solamente para brindarnos su confortable compañía en el difícil trance. A lo sumo, quizá sólo se trate, en ambos casos, de individuos demasiado afectos a tener la cabeza en las nubes.

Tales elucubraciones esbozaba yo, durante el trayecto de un vuelo Ciudad de México-San José-Quito, mientras contemplaba con más curiosidad que de costumbre el ajetreo cotidiano de las sobrecargos y trataba de discernir el oscuro vínculo entre aquellas musas voladoras y la otra, elusiva y no menos etérea, que da título al nuevo libro de Carranza. Nada me obligaba a tan ociosa

*Tumbona Ediciones, México, 2010.

actividad, pero cómo no hacerlo cuando en sus páginas el propio autor argumenta: “como sea que un artista decida cifrar su obra, a lo que estará siempre apelando es a la adivinación: que alguien, quien sea, encuentre en el título un sentido intransferible y precioso, una clave particular a la que cada quien llegará por cuenta propia con la razón y con el corazón”.

Si, efectivamente, “el nombre es arquetipo de la cosa”, en *Las encías de la azafata* se signa una evidencia: ya no la de aquella sonrisa discreta y armoniosa que oculta y disimula, sino la de esa otra que, al enseñar de más, muestra del todo su naturaleza conjetural, su espíritu hipotético. No importa que hacia el final del volumen se nos confiese que, en realidad, el simpático título estaba reservado originalmente para un libro de cuentos que no se escribió. O importa porque termina por revelarnos que, como las de Dios, las vías del ensayo resultan inexpugnables. E interesa aún más porque antes que en la demorada dilucidación de sus asuntos, los ensayos, como los caminos del Señor, no sólo pueden sino que suelen fincarse en el mero capricho. Léanse, en ese sentido, “Anhelo y nariz” (fundado “en la suprema importancia que tiene lo nasal para el universo entero”) o los fragmentos de ese informe reporte de neurosis cotidianas y prolongadas postergaciones convenientemente titulado “Desidiario”.

El título de su libro —ha declarado el propio Carranza— habría surgido tras la aérea visión de una sobrecarga “con unas encías alarmantes”. ¿Cómo podrán haber sido aquellas encías?, me pregunto. ¿Qué habrán tenido para alarmar al escritor?, ¿qué exacerbada inflamación o qué deficiente cepillado evidenciaban?,



¿sangraban por excesiva suspicacia o simplemente exhibían de más? ¿Acaso fue aquella visión amenazante la que sugirió a Carranza las siguientes líneas de la descripción de una dama furiosa?: “La mujer iracunda es indudablemente más verdadera que la que se creía conocer en tiempos de paz: más cierta que la que sonrío, sencillamente.”

Si la sonrisa amable y frecuentemente hipócrita pretende complacer y agradar para ganarse el favor y la simpatía de aquellos a quienes se prodiga, quien pela demasiado los dientes y al hacerlo enseña las encías, en un gesto de animalidad más cercano a la risa de la hiena, nos advierte: “Acércate bajo tu propio riesgo.”

3. La importancia de lo gingival para el hecho literario

De Sófocles a Kafka, de Cervantes a Flaubert, las grandes obras literarias han servido al psicoanálisis para proveerlo de una amplia nomenclatura de manías y traumas librescos. Mucho antes de que los análisis de la psique mermaran sensiblemente nuestros sueldos, los bestiarios antiguos y los fabulistas clásicos, al observar en las costumbres de ciertos animales virtudes y vicios propios de los hombres, pretendían señalar y corregir ciertos comportamientos humanos. El mundo es, así, como observó Baudelaire, pasto de las correspondencias: esto es *como* aquello > esto es aquello. Y está visto que es en los terrenos del arte donde éstas se revelan para fijarse en nuestro imaginario. Entre el complejo de Edipo y el síndrome de Ulises, entre el bovarismo de aquella vecina adúltera afecta a las telenovelas y nuestras propias quijotadas, padecimientos trágicos, épicos, si no es que novelescos, ¿habrá un ignoto trauma exclusivo de los atribulados que padecen el vértigo excesivo de la suposición, el soroche de sus propias elucubraciones, un verdadero *mal de montaña*?

Divago (es decir, ensayo), y mientras mi mente naufraga entre la Escila de la disrupción y la Caribdis de la digresión ociosa sobre algún punto del océano Pacífico, la simpática azafata me extiende un renovado whisky al tiempo que se dirige a mí con palabras que

no alcanzo a escuchar hasta que me deshago de los auriculares con que la aerolínea ha provisto a sus pasajeros. Qué extraño —pienso al oírla—, esta señorita me recuerda a Virginia Woolf:

—Yo he pasado delante del espejo las horas que vosotros habéis consagrado a escribir, a hacer sumas. Frente al espejo, en el templo de mi dormitorio, he examinado mi nariz y mi mentón: *mi boca grande que al sonreír descubre demasiado las encías*. Me he contemplado. Me he juzgado. He cogido el matiz del blanco o del amarillo, el raso brillante de la seda opaca, la curva o la línea recta que mejor me sientan. Soy ligera para un hombre, rígida para otro, ya angulosa como una estalactita plateada o voluptuosa como la llama de un cirio de oro. Violentamente, como un látigo, me he lanzado hasta el vórtice de las cosas...

Envuelto aún por las hechizantes palabras de Jinny (tal es el nombre que exhibe la placa que luce sobre el pecho), la miro alejarse, caminando de espaldas mientras jala el carrito de las bebidas.

—¡He ahí a alguien verdaderamente afectado por lo que han dado en llamar complejo de ensayo! —me dice mi vecino de asiento, a quien no volteo a ver, aunque su voz me suene familiar.

—Fíjate en la elocuencia de sus palabras reflejada en el vigor de sus facciones —continúa, emocionado—. Observa la importancia de lo gingival para el hecho li-



José Israel Carranza © Verónica Nieva

terario: ¿Has visto su capacidad discursiva, la fuerza de sus argumentos concentrada en esa sonrisa amenazante? Su alma es un molde cambiante, adaptable a las circunstancias. ¿La has escuchado?: brillante y a la vez opaca, ligera para uno y rígida para otro, igual que el pensamiento. Se nota que no la agobian sus propias conjeturas: toda ella es una enorme y bella conjetura. Definitivamente: esa mujer sufre el *mal de Montaigne*.

Al mirarlo de reojo reconozco al viajero entusiasmado que vuela a mi lado. ¿A qué hora abordó Carranza este aparato?, me pregunto sin alcanzar a responderme, porque una voz que viene de muy lejos me pide que guarde la mesita y enderece el respaldo de mi asiento. Al despertar de golpe entre las nubes de Quito, Jinny me sonrío mostrando sus encías alarmantes.

4. El vago de sus propias opiniones

En la absoluta libertad de sus asuntos, *Las encías de la azafata* refuta una concepción del ensayo sustentada en la confusión entre éste y lo que no lo es: el tratado, la tesis, el estudio, el *paper* académico, la crítica mal fundamentada y peor redactada, la teoría inflamada de netas: la gingivitis de la prosa. “Es de suponerse que uno escribe ensayo por la convicción razonada o por la mera sospecha de que puede escribirlo”, afirma José Israel Carranza, quien desde esa posibilidad vindica su soberano derecho a transitar entre una idea y su ulterior impresión por las vías que mejor le plazcan.

Al asumirse como un honesto explorador de sus pasiones y pulsiones, de sus manías y sus muinas, José Israel Carranza evade el fingimiento de la corrección política e intelectual y hace de sí mismo, de sus gustos y sus fobias, su propio tema. Sin falsos rubores ni golpes de pecho, el ensayista confiesa que: a) dejará de

fumar cuando le dé la gana (si es que le da algún día); b) tiene sueños húmedos con Dolly Parton a ritmo de *country music*; c) descrece de la moda y de las aberraciones del arte posmoderno; d) detesta a los perros; e) como el Tristram Shandy, Roberto Bolaño le resulta “impecablemente detestable” (como a mí).

Además del catálogo razonado de las aversiones de su autor, *Las encías de la azafata* es también un santoral laico de los héroes que le han dado patria y prosa: el estrambótico Arreola y el lacónico Rulfo, sus paisanos; el evanescente Francisco Tario; el sonriente Wodehouse y el insólito Georges Perec; el infalible Borges. Una patria tan vasta como la curiosidad y las devociones de Carranza. Una prosa que, venturosamente para quienes nos hemos convertido en sus lectores habituales,* ha hecho del género (el ensayístico, se entiende, no el humano) la profesión de una fe fincada en el afinado olfato de quien, persiguiendo las huellas de su intuición, llega siempre a un lugar insospechado entre el chispazo de una idea y su fijación. No es, pues, casual la afición de nuestro autor por el calculado azar del juego de billar: como las pulidas esferas de la carambola, las ideas de un ensayo “no pueden hacer el trayecto completo desde la sinapsis neuronal hasta la página sin sufrir alteraciones”. Y habría que señalar, en este punto, el tino de los editores de Tumbona al fundar con *Las encías...* una colección de ensayo mondo y lirondo llamada, oportuna y peripatéticamente, *Derivas*. Si, como propone una de las editoras del sello, el ensayo es una deriva, una constante desviación, un rodeo permanente, un paseo reservado a la sorpresa, qué mejor que inaugurar una serie de excursiones fortuitas con este notable *flâneur* de sus propias ideas. ❷

* Con el propósito de difundir ese sano hábito, pongo aquí la dirección de *La fama fatal*, el blog que desde hace varios años administra JIC en la red: <http://www.azotecarranza.blogspot.com>

Víctor Cabrera (Arriaga, Chiapas, 1973). Poeta y narrador. Es autor del libro de fábulas y ficciones breves *Episodios célebres* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2006), de la *plquette* *Diez sonetos* (edición de autor, 2004) y de los poemarios *Signos de traslado* (Juan Pablos / Leer y Escribir, 2007) y *Wide Screen* (Bonobos, 2009). Ha colaborado en distintas publicaciones periódicas como *Luvina*, *Alforja*, *Revista de la Universidad de México* y *Punto de partida*. Fue becario, en el rubro de poesía, del programa Jóvenes Creadores, del Fonca, durante el periodo 2006-2007.

Corifeo

Iván Cruz Osorio

Ahora entiendes que el destino te ha vencido,
que has recorrido a ciegas
el cuerpo de esa mujer
sin comprender el hedor de la soledad.
Has dicho que serán pocas las noches
en que se podrá remediar la vida,
pero hace mucho que las palabras
se revuelcan con la desesperanza.
No quieres ser lo que eres,
porque has vivido como un fantasma
que ha esperado en vano las llaves de la noche.

Sin darte cuenta ella está a tu lado,
sin darte cuenta ella te observa,
y ha desentrañado cada uno de tus gestos,
ahora eres parte de ella
y no entiendes su sonrisa
ni el don de su mirada,
pero sabes que no podrás dejarla,
que conviene
decir que sobra tiempo
para pasar con ella por el mundo.

Ahora ella ha empezado a amarte,
y ha construido un templo
para adorar tus miedos,

pero tú estás muy lejos de probar
que has aprendido algo,
que de alguna forma has crecido;
no quieres mentir,
pero sabes que la engañarás de nuevo.

Entiendes que todo está condenado a repetirse,
te das cuenta de que lo único que has hecho
es advertir lo que se avecina
sin ser capaz de evitarlo,
y quisieras detenerte,
quisieras dejar los grandes planes,
huir a un lugar apartado con ella,
decirle que no sabes leer la palma de la mano,
que no eres eso que ella imagina,
que sólo has sido un hombre curioso.

Pero ahora te das cuenta de que juntos
han recorrido los parques
y las terrazas
de todos los lugares
sólo para llegar a comprender
que dos personas extraviadas
habitan una patria perdida.

Iván Cruz Osorio (Ciudad de México, 1980). Poeta, ensayista y traductor. Estudió Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es miembro del consejo editorial de la revista de literatura y gráfica *Viento en vela*. Es autor de los poemarios *Tiempo de Guernica* (Praxis, 2005) y *Contracanto* (Malpaís Ediciones, 2010). Poemas suyos aparecen en el libro colectivo *Espacio en disidencia* (Praxis, 2005), y en distintas antologías. En 2008 obtuvo el primer lugar en el 1^{er} Certamen Internacional de Poesía Bernardo Ruiz. Becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2009-2010), en el área de poesía.

Grace

Diana Gutiérrez

Grace leía, en el sillón, el tercer cielo de la *Divina Comedia*, cuando la alarma de un coche empezó a sonar interrumpiendo su lectura. Cerró el libro y fue a la cocina por un vaso de agua.

Ante la insistencia del sonido agudo en la calle, se asomó a la ventana, imaginando ver sobre el volante el cuerpo inerte de un hombre que había sufrido un infarto. Sólo halló un Cadillac negro estacionado en la acera de enfrente; las luces del automóvil se prendían y apagaban con la melodía de *El mago de Oz*. No tenía pasajeros.

Grace subió la mirada: dos mujeres de ojos tristes veían el coche desde sus balcones. Quiso preguntarles si, como ella, alguna había pensado en la posibilidad de encontrar un muerto en el asiento del conductor, pero, casi de inmediato, se arrepintió, pensarían que estaba loca. Ella incluso había imaginado la fisonomía y la última mueca de la víctima: un gordo hipertenso con los ojos cerrados y la nariz de bola fruncida por el dolor.

Se acabó el agua de un sorbo y tarareó la canción unos segundos. Después tomó la cajita de música del librero con la intención de seguir el tono al girar la manivela, pero la alarma ya había cambiado su sonido y ahora semejaba la sirena de una ambulancia. Le dio cuerda de todos modos y regresó a sentarse en el sillón.

Steve le había regalado el juguete en su cumpleaños treinta. “Para mi Dorothy”, decía un grabado en la base. Grace había estado enamorada del hombre de hojalata, a quien comparaba con Steve por su proclividad a resolver los problemas con la razón. A él la analogía le parecía infantil, pero le causaba gracia; incluso adoptó el mote para ocasiones especiales. “Este hombre de hojalata necesita que Dorothy le aceite las articulaciones”, era su invitación al encuentro amoroso; a veces en una hoja de cuaderno, en una servilleta, en un mensaje de celular. A Grace le causaba gracia, pero le parecía infantil: no la excitaba.

La calidad monoaural de la alarma era como la de los efectos sonoros de una película de los cincuenta. Grace se levantó de golpe y se encerró en la recámara, tapándose los oídos con los dedos. Con el portazo, el tulipán planeó hasta los pies de la cama. Era una fotografía en blanco y negro de la flor más abundante en Holanda, donde Steve había pasado unos días. Aún vivían juntos.

Revolvió el cajón de ropa invernal y por fin halló las orejeras. Tenía la esperanza de bloquear el sonsonete con la tela protectora de oídos, pero sólo sintió un calor



Pacientes del Hospital Psiquiátrico de Sarajevo durante una sesión de musicoterapia organizada por el músico Benjo y su esposa Kaolina, pacientes externos del hospital. Sarajevo, Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. ©Ricardo Ramírez Arriola / 360°

insoportable. Se acordó de los tapones para nadar, pero, casi de inmediato, descartó la posibilidad: Steve se los había llevado.

Se puso unos hisopos flexibles con punta de algodón y sintió que todo estaba arreglado, pero sólo los usó unos minutos porque tuvo miedo de clavárselos por un descuido y romperse el tímpano. Alguna vez se lo había oído decir a un médico en la televisión. Probó con la cinta adhesiva en las orejas, pero la superficie era tan irregular que el pegamento no logró fijarse.

Grace, quien para entonces había intentado acallar la cantinela monótona con varios dispositivos inservibles, portaba ahora los audífonos grandes de su Ipod descompuesto y escuchaba a David Bowie a todo volumen en el minicomponente de la sala.

Al mismo tiempo, marcaba en altavoz al celular de Mark sin obtener respuesta; le pediría que la dejara pasar la noche en su casa. Hacía días que él no la llamaba. “Ya no siento que me acuesto con la novia de mi amigo”, dijo Mark la última vez que tuvieron sexo.

Grace tomó un cuchillo pequeño de la cocina, útil para rebanar un pastel, y bajó corriendo las escaleras del edificio. Frente al coche tuvo ganas de clavar el puñal en el parabrisas. Entonces vio cómo los faros delanteros alumbraban con intermitencia un arbusto al que le había nacido el botón de una flor rosa. Se sentó en la banqueta y se cubrió con las manos los ojos humedecidos.

Cuando tiró del cable de los audífonos, el ruido en la calle había cesado. 

Diana Gutiérrez (Ciudad de México, 1983). Escritora y periodista, egresada de Comunicación de la UNAM. Es coautora de la antología de cuento *Cromofilia* (Ediciones Eón, 2010). Colabora en la revista *Picnic* y escribe la columna de reseña literaria *Textoservidora* del boletín *Pasodegato*. Becaria del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en el área de cuento, 2009-2010.



Drauca

Mariana Rergis

Amanecía sobre la tierra del Nilo. Mi madre lavaba las ropas del palacio con otras mujeres cuando los dolores de parto la sorprendieron. No hubo tiempo de llegar a una choza. Nací a orillas del río.

Mi padre adiestraba a los hombres en las labores del campo. Nosotras permanecíamos al lado de mi madre. Jugábamos sin descanso, aun mientras aseábamos la casa o preparábamos los alimentos. Después, a la hora en que llegaban mis hermanos, salíamos a cazar luciérnagas entre las ramas de papiro. Todos menos Agar, que era apacible como un estanque. Sentada en una roca, con su vigilancia tranquila, trenzaba la negrura pertinaz de su cabello. Yo cazaba luciérnagas para que las embarrara en su vestido y brillara como nosotros, pero ella las dejaba volar. Entonces me sentaba a sus pies hasta recibir un beso. Yo amaba a mi hermana y mi hermana me amaba a mí.

Cuando llegaron los extranjeros, pusieron sus tiendas al otro lado del río. Principal entre ellos era un varón de nombre Abram, cuya hermana, bella como una piedra preciosa, tomó por mujer el faraón. Por ella, la tribu extranjera obtuvo numerosos beneficios.

Por aquellos días se presentaron unos soldados en nuestra choza. Agar y yo fuimos separadas de nuestros padres. Ellos no se opusieron, pues los esclavos deben

obediencia. Agar lloraba silenciosamente, yo chillaba como un animal que presiente el matadero. Aunque me jalaba de los brazos de los soldados, no quise voltear. No quise ver a mi madre llorando por sus hijas.

Agar fue dada a la mujer del faraón y a mí me regalaron con un mancebo de nombre Lot, sobrino de Abram.

El río era una serpiente dorada bajo los rayos del sol; el aire era puro y ligero como antes, pero mi corazón pesaba como un cadáver. Nací esclava de padres esclavos, sin embargo nunca había sentido el yugo. Ahora mis horas estaban sujetas a la voluntad de un joven extraño.

Yo era la primera en levantarme. Ordeñaba un par de cabras, encendía el fuego y calentaba leche para el desayuno. Un día vi entre las varas de papiro a Lot jugando con Uahanj, un muchacho egipcio. Ambos se correteaban, hasta que Lot, ya cansado, ciñó al joven por detrás y empezó a besarlo. Era fascinante ver la piel de Lot, tan blanca, rodeando la piel de ébano de Uahanj.

Recordé lo que había oído sobre Lot. Comprendí que él se escondía porque aquello era mal visto entre su tribu, además de ser pecado grave contra su dios.

Pero los ojos entrometidos son como un gato que puede cazar a su presa aun en la oscuridad y las afiladas murmuraciones llegaron a oídos de Abram, quien le dijo:

— Mira, tú ya no eres un niño. Yo me hice cargo de ti desde que murió mi hermano; te he querido como a un hijo, pero ya es tiempo de que te unas a una mujer y que formes tu propia familia.

Las palabras de Abram preocuparon a Lot. Cada mañana se reunía en la ribera con su amigo a contemplar los lirios que flotaban hasta sus pies. Yo los encontraba con frecuencia, pero siempre me cuidé de no ser vista. No quería que mi amo se sintiera descubierto por una esclava.

Mis cuidados no fueron bastantes, ya que una mañana los hallé entre la paja del establo. La blanca arena cubría al ébano, sujetaba sus manos con fuerza. Se asustaron al verme y el ébano escapó para ocultarse entre los destellos del rocío.

Por la tarde, Lot me llamó. Aunque se dirigía a mí, daba la impresión de que hablaba con él mismo:

— Esclava, yo sé que tú no me juzgas porque es costumbre entre tu gente que hombres se alleguen a hombres. En mi tribu está prohibido. Sé que mis actos no complacen a Yahvé, un día seré juzgado severamente. Esclava, no puedo esconderme de Aquel que todo lo ve y que está en todas partes. Yo no quiero ofenderlo, yo quiero ser justo ante sus ojos; sin embargo, mi carne es como este río, que corre en dirección contraria. ¿Tú crees que el río decidió esta suerte? ¿Que decidió tener un cauce independiente y no aunarse nunca con el mar? Todos somos siervos de Dios, nada pasa sin su consentimiento. No pierde el ave una pluma ni el árbol una hoja sin que Él se dé cuenta. Entonces, ¿por qué me deja vivir? ¿Por qué no me destruye y me permite seguir pecando? La voluntad divina es inexpugnable, el hom-

bre no puede sondear con la mano los abismos. ¿Qué me resta? Sobrecogerme de temor cada madrugada, antes de que el primer rayo de sol hienda la oscuridad y el frío. ¿Acaso piensas que yo no quiero tener una prole numerosa, que no quiero que mis hijos se multipliquen por el mundo? ¿Acaso piensas que quiero que mi mayordomo herede mis bienes? ¡Ay, si yo pudiera cambiar el cauce de los ríos! Escucha, yo necesito una mujer a mi lado, así me lo pidió Abram, así es correcto ante los ojos de Dios. Mujer, dejarás de ser esclava para convertirte en mi esposa. Tú no verás mal lo que yo haga, porque es costumbre entre ustedes, ¿no es así? Tendrás, en cambio, más de lo que te hubiera permitido tu condición servil.

Después de anunciarme lo que haría de mí, Lot habló con su tío, quien, por acallar los rumores, no se opuso al matrimonio. Y ambos dispusieron los preparativos de una boda muy sencilla.

¿Qué podía esperar de este matrimonio? Nadie me había preguntado si yo consentía, ¿acaso tenía elección? Sí: cobijarme con las aguas relampagueantes del Nilo o ser péndulo bajo la viga más recia del establo... pero yo quería vivir, quería sentir la frescura del agua, ver las gotas de rocío, sentir en mi cuerpo la brisa. Recordé a Lot desnudo, su piel hecha de alas de mariposa, su torso flexible... Mis manos estaban cuarteadas por el trabajo, mi piel reseca; Lot nunca podría ayuntarme con la misma avidez que a Uahanj... ¿Y si Lot no hubiera decidido casarse conmigo? Antes o después me uniría a un varón, engendraría hijos, pero esos niños

no tendrían una suerte distinta de la mía, en cambio, siendo hijos de Lot, nadie podría arrebatármelos.

Mi esposo, tímido como gacela, no había conocido mujer. La primera noche lo venció el cansancio sin que se atreviera a tocarme y en sueños se estremecía. Con mucho tiento, pasé la mano por su frente sudorosa y sus cabellos húmedos.

La intimidad, que subió sigilosa y con pies fríos a nuestra cama, nos concedió un hijo al que llamamos Moab. Lot le cantaba todo el día y por la noche lo velaba, como si recelara de la mano del viento. Yo me llené de rumores interiores: la lluvia golpeaba incesante con su frágil oración, las hojas secas se arrastraban con una brisa pertinaz y traviesa que no les daba descanso. Me sentí, en fin, dueña de una magia creadora que me había permitido concebir al niño y que me permitía ahora acercarme sin temor a mi esposo. Estando él inclinado sobre la cuna, lo invitaba con manos solícitas a que olvidara sus temores y acariciaba largamente su cuerpo, instrumento de resonancias secretas. Era yo muy joven para saber que las horas dichas se entretejen con las amargas y que el infortunio acecha tras la sonrisa.

Una mañana, el niño amaneció enfermo. No sabíamos cuál era el mal que le aquejaba: tenía fiebre y no quería comer. Mientras Lot y Abram iban en busca de Sicar, un hombre conocido por sus remedios, yo lo metí a bañar en agua apenas tibia. A través de su piel casi transparente alcanzaba a ver su corazón amedrentado,



Asentamiento rom o gitano situado en las colinas circundantes a Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°



Asentamiento rom o gitano situado en las colinas circundantes a Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°

como si fuera una mariposa atrapada entre los pliegues de una delicada tela. Nada pudo hacer Sicar por él. Abram buscó a su hermana y ella intercedió ante el faraón para que enviara a todos los sabios de su corte. Fue en vano, el niño siguió enfermo.

El ánimo de Lot era siniestro. Postrado al lado de la cuna, se maldecía entre sollozos: “Son mis pecados —decía con voz entrecortada—, es Yahvé quien me castiga...”

Otro día revoloteó la mariposa en el corazón del niño, pero se aquietó para siempre bajo el primer frío nocturno.

Ungí a mi hijo con el vencido orgullo de haberlo tenido y amortajé su cuerpo transparente con los rumores que me habitaban. Se hicieron los funerales y Abram erigió un pequeño templo sobre la tumba para la eterna gloria de Yavhé.

Yo sé que Lot hizo grandes esfuerzos por ser justo ante su dios, hasta que su carne lo apremió para buscar la compañía de un hombre. Desde aquel día se debatió entre flagelar el cuerpo o flagelar la conciencia. La culpa lo atormentaba y cada noche, después de esos encuentros, me requería: “Drauca”, me llamaba dulcemente, “Drauca...”, y me montaba con una ternura triste.

Sucedió que el faraón repudió a su mujer, pues se enteró de que no era hermana de Abram sino su esposa. La devolvió a su tribu y ordenó que todos partieran.

Amanecía en la tierra de Egipto cuando nos marchamos, yo como esposa de Lot y Agar como esclava de la extranjera. No, yo no vi atrás. No quise ver el Nilo serpenteando bajo los rayos matutinos ni el perfil de la tierra que ahora me representaba al hijo muerto. Muy arrogante había sido yo al pensar que nadie podría arrebatármelo y ahora ni siquiera volvería a ver su tumba.

Por aquella época, el ganado de Lot era tan numeroso como el de su tío y sus pastores reñían entre sí. Abram le dijo que no debía haber disputas entre ellos, que decidiera a dónde marchar y que si él iba a la izquierda, Abram iría a la derecha, así que Lot escogió las tierras del Valle y partió hacia Sodoma.

Ya en aquel tiempo era sabido que los habitantes de aquel país insultaban al dios con su comportamiento; no fue casualidad que Lot escogiera aquella tierra.

Antes de que Lot se apartara de su tío, me reuní con Agar. Ella se dirigía al pozo.

—Ven conmigo —dije—. Lot puede pedirle a la mujer que te deje con nosotros.

—No quiero —contestó mientras llenaba el cántaro.

—Hermana, ¿por qué rehúas venir? Ya no tenemos padres ni hermanos, yo he perdido a un hijo. Somos extranjeras en esta tierra; al menos podemos acompañarnos la una a la otra.

El rostro de mi hermana se reflejaba en el agua del cántaro.

—Tú eres esposa de Lot. Yo siempre seré esclava.

—¿Acaso temes que te desprecie un día? ¡Si yo te venero...!

—Mira, la mujer de Abram no puede concebir y me prometió que su esposo me tomará para tener en mí un hijo. Yo siempre seré esclava, pero el niño heredará sus bienes. Sólo debo reconocer como único al dios de esta tribu.

Se echó el cántaro al hombro y, con la trenza oscilando sobre su espalda, se alejó de mí. A pesar de que hubiera querido retenerla, arrodillarme y abrazarla por las piernas, gritarle que ella era lo único que conservaba vivo de Egipto, no podía hacer eso, pues los hijos de Agar, a quienes yo amaría como si fueran míos, correrían libres por los campos sembrados y la cosecha sería suya.

Antes de amanecer, me despertó el ruido de las caravanas, los aprestos del viaje y al cabo de un par de horas, nos encaminamos hacia Sodoma.

Mi hermana, lirio púrpura bañado de sol, espero encontrarte un día en el valle de los muertos peinándote la negra trenza reluciente.

Los días son como gorriones que vuelan sobre nuestra cabeza: no los sentimos pasar y si alguna vez nos detenemos a contemplarlos, no podemos distinguir con certeza entre uno y otro. Lentamente, aprendí a amar la tierra de Sodoma, tan distinta del pródigo Egipto. A pesar de que aquí el agua y el verdor eran escasos, esta tierra me dio nueve hijas. Las vi crecer como espigas, orgullosa de tan magnífica siembra. Ya sólo me faltaba ver desposadas a dos de ellas y otras estaban por dar a luz. Fui feliz de saber que construían sus hogares y que Amón veía por sus casas.



Niños musulmanes jugando por las calles de Sarajevo. Bosnia-Herzegovina, octubre de 2000. © Ricardo Ramírez Arriola / 360°

A Lot no le importaban las niñas. A cada embarazo, la esperanza movía las alas y a cada nacimiento, se desplomaba como un pájaro apedreado. Por último, Lot se resignó a que su dios ya nunca le diera un niño y pensó que acaso era mejor, pues no había hijo varón que fuera testigo de sus pecados. Se olvidó de las niñas y pude así educarlas en el culto a Amón.

Así como el ave de rapiña agarra al ratón que no escruta el cielo ni el diseño de las nubes y se siente prendido de repente porque no escuchó el vuelo de su depredador, así la desgracia se cierne sobre nosotros, desprevénidas criaturas ante los ojos siempre vigilantes y siempre hambrientos de los dioses.

Un día, llegó Lot a la casa con dos varones de gran belleza. “Son ángeles de Yahvé —anunció—, vienen a salvarme junto con todos los míos. Abram ha intercedido por mí, pues Dios hará llover fuego sobre esta tierra.”

¿Quién era ese dios tan severo? ¿Qué ofensa tan grande había suscitado su enojo? ¿El comportamiento de los hombres? ¿Por qué castigaba también a las mujeres y a los niños? ¿Qué aventajaba quemando una tierra de por sí yerma? Durante tantos años sus olas de arena habían cubierto mis pies, que ya eran la misma sustancia, ¿quién podría desunirlas? ¿Qué mano podría arrancar el árbol de raíces profundas en que me había convertido? Bien es sabido que la ira de los hombres no mueve un ápice del mundo. Por el contrario, el enojo de los dioses sacude la tierra, seca los ríos, malogra las siembras. Mi deseo era fatuo; otra vez tendría que irme, otra vez.

Apenas supieron los hombres de la ciudad que Lot albergaba dos varones, quisieron conocerlos, pero co-

mo él les dijera que eran ángeles de Yahvé, los hombres se contrariaron, pues pensaron que mentía y los guardaba para sí. Tampoco le creyeron sus hijos, los yernos, cuando les pidió que abandonaran la ciudad.

Amanecía sobre Sodoma. Los varones tomaron a Lot de la mano y lo apresuraron para sacarlo de ahí. Mis hijas solteras y yo los seguíamos hacia la montaña. De pronto, mis pasos se hicieron muy lentos, como si mis pies arrastraran acres de tierra.

La ciudad comenzó a arder a nuestras espaldas. Había tanto detrás de mí... Oía los gritos de mis hijas en el crepitar de las ramas sometidas al fuego. Otras voces se fundían, otros gritos reprimidos. Yo también quise gritar, pero tenía la boca llena de ceniza... Tanto tras de mí, tantas vidas, tantas muertes no resueltas... El humo me perseguía como un avispero, me rodeó hasta casi cegarme y mi llanto no era suficiente para aclarar un poco la densidad del enjambre. Entre sombras distinguí a Lot amedrentado. Lot siempre había tenido miedo; aun dormido, la celosa mano de sus remordimientos lo sacudía con violencia.

La capa ante mí engruesa.
Lot escapa trasmutado en pájaro de humo.
Amón toma las manos de mis hijas menores y las salva.

Huele a carne quemada. Son ellas, mis siete hijas.
Y los fetos ahogados en sangre que ya no fluye.
Huele a carne quemada...
Drauca, Drauca.
¿Quién me llama?
Detrás de mí está mi madre:
Drauca, no te vayas,
Moab tiene hambre.
Madre, no soy más de Egipto,
mis pasos se apagaron en la ribera.
Mírame,
hasta mis cabellos son de arena.
Pero el niño, Drauca...
Arrúllalo en su cuna de piedra.
Detrás de mí
arde su tumba.
Entonces me di vuelta. P

Mariana Rergis (Ciudad de México, 1978). Estudió la licenciatura en Idiomas en el Centro Universitario Angloamericano. Becaria del Centro Mexicano de Escritores, 2004-2005. Asistente de español-lengua extranjera en París, Francia. Ha sido colaboradora en Alfaguara Infantil y Larousse. Ha trabajado como maestra de inglés, traducción literaria, redacción y lectura. Actualmente es profesora de francés en el Instituto Politécnico Nacional y ha sido seleccionada para recibir la beca de Jóvenes Creadores del FONCA generación 2010-2011.

Y ellos se quedan...

Haití, julio de 2010

Juan Xavier Villavicencio

***E**llos se quedan. Volver duele más que el hambre, la picadura de una tarántula, el sol abriéndote la espalda, martillarse los dedos, la sed y hasta el desamor. Para volver al derroche y su ignorancia hay que poblarse de silencios. El regreso sólo se aguanta con silencio.*

Fueron las primeras palabras que escupí al despertar de la siesta y encontrar que el autobús en el que viajaba estaba cruzando la frontera de regreso. A lo lejos, el verde intenso de República Dominicana prometía y atrás se nos quedaba Haití, toda color canela. Desde las primeras filas de la guagua escuchaba a Eileen organizando a los compañeros en grupos para el paso de la frontera. Yo decidí brincar las reglas —la frontera es mierda—, me moví para buscar un trozo de papel en el que escribí las palabras que me saltaron de la siesta, lo guardé en el estuche de mi cámara y me cubrí la cabeza con la toalla. Me hice el dormido, porque tampoco soy de dormir mucho, soy de los que tienen receso de peces, iguanas o ganado. Y ésa es mi típica actitud cuando se me mezclan la nostalgia y la melancolía. Así, deseaba repasar rostros, olores, cánticos, toda la geografía física y humana de aquella pequeña región. También soy maniático de olvidar. Después de todo, una frontera en medio de una tragedia sólo debe servir para estorbar o convertirse en el corredor de la corrupción.

Mientras seguía con el oído la logística para el cruce de la frontera —que si una recolecta de pesos para comprar queso de hoja, presentar pasaportes, instrucciones para el registro de equipaje y el pago de impuestos—, re-

cordé una discusión con el compañero Luis, en nuestra entrada a Haití, al notar que mi móvil cambió automáticamente la hora al atravesar la frontera. Desconozco si tales líneas imaginarias del horario producen ese efecto porque en las diversas coordenadas de los cinco continentes que he visitado siempre he conservado un reloj digital con el horario de casa y otro con el del destino de viaje; más cuando Haití comparte su territorio, el de una isla, con otro Estado, y los cambios de hora tienen efecto en la productividad de la mano de obra y en las economías. Entonces, ¿quiénes regulan los horarios?, ¿acaso el progreso, la igualdad, la justicia y el desarrollo tienen su horario?, fueron algunas de mis interrogantes. Pero lejos de ese debate, Haití seguía poco a poco desapareciendo de mi ventana y su fuerte color canela se volvía gris. En esa lontananza grisácea quedó atrapado mi teléfono, que jamás volvió a caer en hora, aunque días después, ya en Santo Domingo, Yanna e Indhira intentaran configurarlo; mi teléfono quedó con la hora del hambre. Y sigue marcando el hambre.

Ya de regreso a Puerto Rico, a la comida, al agua potable, a los relojes que marcan progreso, orden y ventas especiales para el fin de semana; a la cama y al aire acondicionado, y a la estupidez que nos gobierna, todavía recuerdo la bienvenida breve que nos dio Puerto Príncipe en la piel al bajar del autobús para tomar un respiro y encontrarnos con el resto del voluntariado. Puerto Príncipe te desolla.

La ruta que conduce de Puerto Príncipe a Canaán (el pueblito donde nos tocaría construir viviendas de emergencia para familias afectadas por el terremoto) pasa frente al imponente recinto de la embajada de Estados



Haití, julio 2010 © Juan Xavier Villavicencio

Unidos en Haití, la quinta sede más grande de ese país en el extranjero; hay a su lado un Domino's Pizza y al cruzar la carretera se construye un centro comercial. Más adelante se ven entre casas y edificios, algunos abandonados, lotes repletos de lonas donde viven cientos de familias damnificadas. Lo demás son casas derrumbadas y gallinas tiradas en las aceras para la venta.

En la región que nos tocó trabajar a siete meses del siniestro no hay cadáveres, no hay fracturas que atender, amputaciones que practicar, no hay rostros ensangrentados que fotografiar; no hay nada, sólo lodo y hambre, valles de lonas y niños que saltan con alegría de todas partes, como los ratoncitos de *El flautista de Hamelín*, al reconocer a los voluntarios. La escena es desgarradora. Ese “fiero y enigmático Haití” es todo un pueblo niño.

Tan pronto llegamos al centro del poblado de Canaán identifiqué la carpa de la UNICEF y me acerqué para averiguar lo que me temía: se trataba de un albergue/escuela improvisado para los huérfanos. Recuerdo cuando una compañera fue abordada por un pequeño que en un inglés impecable le agradeció el haber cruzado junto con sus amigos la frontera para ayudar a su pueblo. Luego le interpretó un cántico de bendición y agradecimiento.

En Canaán nunca me faltó en el almuerzo jugo de pomagranada en envases sucios. La pomagranada, un fruto costoso en mi país, se vende en los mercados de Puerto Príncipe y, según averigüé durante un intercambio de nombres de frutas con los locales, producto de sospechar que viajaban hasta la capital sólo por el detalle de prepararme el jugo cuando no tenían agua



Haití, julio 2010 © Juan Xavier Villavicencio

potable para consumir, se cultiva en una zona agrícola ubicada en la región montañosa. Resulta que los nombres de frutos varían entre República Dominicana y Haití, y entre República Dominicana y Puerto Rico, pero no entre Haití y mi país, salvo aquellos frutos que el francés colonizó.

Los adultos en Canaán también son niños, son risueños y hasta ñoños, se sienten protegidos por la presencia del voluntariado sin importar qué labor venga éste a realizar o cuán capacitado esté para resolver sus problemas. Simplemente les da confianza el hecho de ver voluntarios. Al acercarse el final de nuestra jornada, unos chicos de veinticinco años con los que trabajé me preguntaron: “Xavier, ¿tú vas a volver?, ¿te vas a olvidar de nosotros?”

Así transcurrieron nuestros días en Canaán, entre lodo, sonrisas, sed, tormentas y nuestros martillos marcando un nuevo pulso para el poblado. Ciento cincuenta y siete lonas fueron tumbadas y en su lugar se levantaron ciento cincuenta y siete techos seguros para estas familias. Inmediatamente construidas las primeras treinta y siete viviendas, pude experimentar junto a un grupo de lugareños, desde el tope de una loma, que el panorama y el espíritu de la gente cambió. El tiempo en Canaán podría resumirse por el castigo que le proporciona la naturaleza a su terreno y a su gente. Canaán, que es el nombre para la Palestina, también conocida como la “Tierra de la Promisión” en el mundo de los cristianos, no deja de recoger la realidad de todo el pueblo haitiano al estar marcado por el peor de los castigos: olvido e invisibilidad.



Haití, julio 2010 © Juan Xavier Villavicencio

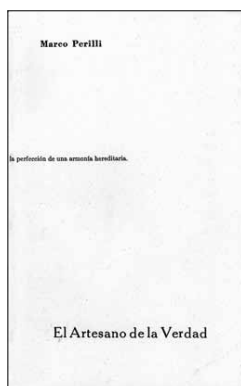
bilidad. Un país arrinconado por la historia, el racismo, la geopolítica, en donde Naciones Unidas alardea con toda su maquinaria frente al hambre y la desesperación, recreando con sus tanques en las calles una imagen similar a la de Kosovo o una Palestina en el Caribe, en donde los medios internacionales se han retirado y donde habla más el ex presidente estadounidense Bill Clinton que su gobernante René Preval.

Todo esto no lo hubiera escrito si a mi regreso a Puerto Rico no hubiese encontrado esa pequeña nota en el estuche de mi cámara ni hubiese coincidido con la celebración de la Semana de la Prensa, en la cual dos de los principales gremios periodísticos en el país premian los mejores reportajes del año. Son esas listas de nominados lo único que he leído o que he escuchado, en estos últimos meses, sobre Haití. ❶

Juan Xavier Villavicencio (Puerto Rico, 1983). Periodista. Licenciado en Humanidades por la Universidad de Puerto Rico, realizó estudios de posgrado en Historia en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, al igual que en Relaciones Internacionales y Comunicación en la Universidad Complutense de Madrid. Su carrera periodística se ha enfocado en la cobertura de asuntos comunitarios, ambientales y culturales. En la actualidad reside entre Puerto Rico y la República Dominicana, desde donde colabora en varios medios alternativos latinoamericanos. El relato corresponde a sus vivencias como voluntario para la ONG latinoamericana Un Techo Para Mi País, en Haití.

El artesano de la verdad

Cristina Pérez



Marco Perilli. *El artesano de la verdad*

Editorial Ditoria-Conaculta

México, 2008

¿Habría el hombre si no pudiera ver? ¿Podría crear imágenes plásticas si careciera de lenguaje? Hipótesis carentes de respuesta. Lo cierto es que las palabras son videntes y nos hacen ver; como también las imágenes, con su plasticidad, dejan escuchar lo que dicen; nos hablan en el doble sentido de que por ellas somos dichos, a la vez que las entendemos nosotros a ellas. Relación especulativa: nos decimos escuchando la voz-imagen que nos dice. Plasticidad y palabra conviven amalgamadas en nuestro mundo como potencias formativas indispensables: la visión y la palabra trazan las líneas de fuga de la trascendencia del hombre hacia el espejo en el que se recrea (*natura naturans*).

La editorial Ditoria en coedición con Conaculta abrió en el 2009 su colección de ensayos con *El artesano de la verdad*, de Marco Perilli. El texto vuela sobre esta relación imbricada entre imagen y palabra, a ras del suelo; el pensamiento del autor lanza punzadas que penetran rápida y contundentemente la tierra de una tradición literaria, plástica y cinematográfica, para hacer brotar los vapores luminosos que producen sus fricciones.

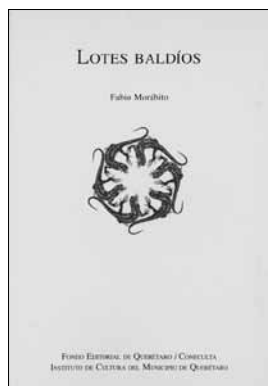
Tras su lectura, uno tiene la sensación de haber recorrido a vuelo de pájaro los estantes de una biblioteca renacentista, que salta al futuro para incluir a Ver Meer, Dostoievsky, Proust, Kafka, Einsestein, Calvino... trazando líneas entre todos, tejiendo con palabras una red de imágenes reflexivas que enmarcan los textos seleccionados y los hacen resaltar a la luz de una única búsqueda: lo que nos dicen sobre la relación entre la palabra y la imagen. La apreciación amorosa del autor por los pensadores que elige para guiarnos, para apuntar las respuestas a la pregunta implícita (tal vez las hipótesis incontestables con que abrimos este comentario: ¿hablaría el hombre si no pudiera ver?...), decimos, ese amor que lo vincula con la tradición es a la vez, y quizás involuntariamente, una invitación para seguir buscando en esta biblioteca otras preguntas y otras respuestas, trazar otros mapas de pensamiento, tejer otras redes, enmarcar otras luces. Luminosos fragmentos de libros y cuadros van apareciendo ante nosotros; el autor construye la puesta en escena para que ellos hablen, para

que ellos pinten; y actuando en el escenario de estas páginas, nos seducen para buscarlos a ellos, a los caminos que en sus obras aún están ensombrecidos. De manera que no es sólo una luminosa reflexión y variaciones sobre un mismo tema, sino una seducción de la palabra que nos atrae a la lectura de los textos incorporados. Así el libro salta hacia afuera de sí mismo y amplía su método: el libro abierto que debe ser todo libro. Dice el autor: “Ahí estamos, en pos del objeto que acontece, de una estrella encendida.” A través de las palabras y las imágenes creadas por otros, el libro traza su propia senda, su propia red de sentido, en pos de ese objeto, de esa particular estrella que lo guía. Pero su otra virtud consiste en que nos lanza hacia otros objetos, de regreso a los autores en los que él ha buscado... y he aquí, entonces, que nos enreda en la infinitud de esa búsqueda... la búsqueda. ❷

Cristina Pérez (Puerto Rico, 1984). Estudió Filosofía en la UNAM. Ha participado en varios talleres de poesía, teatro y literatura. Actualmente realiza la maestría en Filosofía.

De frente al baldío

Christian Barragán



Fabio Morábito, *Lotes baldíos*
Fondo de Cultura Económica, 1984

A Carlos Vieyra, Luis Téllez y Luis Paniagua

En 1984, el Fondo de Cultura Económica publicó *Lotes baldíos*, el primer cuaderno poético de Fabio Morábito (Alejandría, 1955). A partir de entonces, Morábito ha dado a la imprenta un par de poemarios más: *De lunes todo el año* (Joaquín Mortiz, 1991, Premio Nacional de Poesía Aguascalientes) y *Alguien de lava* (Era, 2002): tríada ejemplar de la persistencia de una escritura mesurada, percutida por la presencia inolvidable del trasiego humano representado por los caminos que llevan del mar hacia el interior de la tierra, del silencio a la palabra, de la duda a la certeza y del olvido a la memoria.

Ante la monotonía de los hechos triviales del hombre urbanizado, a partir de la rutina que determina el tiempo en que acaece, la escritura de Fabio Morábito urde una relación a media voz, conformada por “versos llanos” —recordando la expresión de Antonio Deltoro— que exploran unas regiones desconocidas de la vida diaria en sus actos más simples, proveyendo de ellos y del hombre que los hace posibles una visión remota, mitológica, del oleaje oculto, ¿o tan sólo olvidado?, que los sustenta. De ahí, la sentencia ontológica con que parte *Lotes baldíos*: “Por el perdón del mar / nacen todas las playas / sin razón y sin orden, / una cada mil años, / una cada cien mares” (“In limine”). Exploración, visión, oleaje.

La poesía practicada por Morábito exige demorarse frente a las mismas cosas —antes conocidas por simples y burdas— en un acto esencialmente religioso puesto que, a partir de ese instante, se establece un modo inédito de relacionarse, de religarse con el mundo inmediato. Después de entablados los lazos, ver y oír superan su particularidad física para comprometer la plenitud del ser, y así mostrar la posibilidad de estar “como nunca antes” en la vida suspendida entre las manos de siempre.

Son las cosas y los actos menores del día, como los versos del poema, la materia esencial en la voz del poeta: un muro abandonado, unas latas horadadas por la lluvia, la escritura anónima en la piel de la ciudad, la hierba crecida entre los desechos,

una tubería, el escrutinio de la basura dejada en las calles, la piedra y la ceniza, la resaca del mar. Restos. Despojos de la memoria. Rastros mudos de una vida perdida que al ser observada detenidamente, en la quietud más plena, aparece intacta de las ofensas del silencio y el olvido. Así sucede por ejemplo con el poema “A espaldas de la piedra”, donde se habla sobre la estructura de la tubería que aguarda tras los muros, esa “gran mano abierta todo el tiempo” al trabajo diario con “su astucia de siglos, / sus remiendos y errores”.

La obra de Morábito está poblada por aquellos momentos en que el poeta atiende ese rumor lejano —ese nombre sordo, anónimo y nómada— que se esconde bajo las certezas diarias y que, en medio de ese ruido cotidiano, revela una música íntima y olvidada. Una aspereza en la lisura es una duda que en la contemplación deviene enseñanza; aprehende sentidos ajenos a la mirada apresurada y los lleva del territorio íntimo que los comprendía hasta el horizonte donde colmada la presencia transcurrir y pertenece: un ámbito recuperado, sin artificios ni alharaca. Un espacio depurado y verdadero:

Miente la piedra, entonces,
las palabras engañan,
la lisura no existe,

en nuestra enfermedad,
en todo hay un abajo,
un atrás de, un fondo,

y hay que esperar el día
que un leve ceñimiento,
un desplome en algún

recodo te sorprenda
y ponga ante tus ojos
la oculta levadura,

el esfuerzo de otros,
el hilo conductor
que todo lo sostiene,

para que tú recuerdes
que hay una historia nómada,
anónima, sin voces,

carente de escritura
que se desliza oculta
debajo de la otra,

y no hay por qué escribirla,
sino escucharla a fondo
ahí donde se encuentra,

llevarla en nuestra piel
mejor que en nuestra lengua
para no hacerle trampas,

y que ella nos defienda
del olvido, de engaños,
de simplificaciones.

(“A espaldas de la piedra”)

Es innegable que la observación es la actividad predilecta en la poesía de Fabio Morábito, pero hay que agregar que lo es también el viaje, proveedor fecundo de materia para la realización de aquélla. En especial, cuando habla de sus orígenes se hace inevitable la presencia de la mudanza de un lugar a otro y de distintos momentos en el tiempo, y con esto del tránsito entre lenguas y el surgimiento de su escritura: la travesía del silencio a la palabra escrita.

Nacido en Alejandría de padres italianos, a temprana edad Morábito se traslada con su familia a Milán y permanece allí hasta la adolescencia, ya que en 1969 emigra a la Ciudad de México donde reside desde entonces. Los textos “Tres ciudades” y “Recuento” son el testimonio de la remembranza de su trasiego familiar, y es en ellos donde la condición de extranjero y errante está presente. En el primero de estos dos poemas leemos:

Yo nací en un combate
de lenguas y de orígenes
que sólo tierra adentro
termina, en el desierto,

tal vez por eso un algo
de irrealidad me nutre,
de eterna despedida
y la ironía no basta

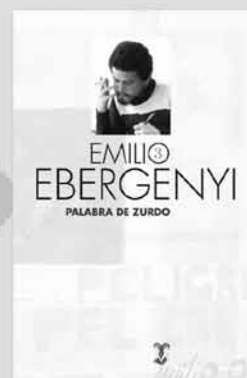
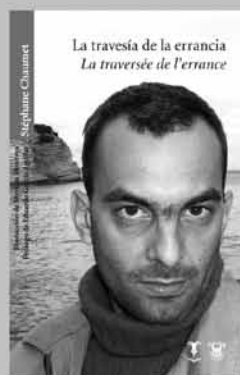
—ni el buen humor, ni el arte—
para dejar de ser
alguien que en todas partes
se siente un extranjero.

Al igual que en “A espaldas de la piedra”, el acto contemplado del cual parte la escritura lleva al autor a encontrar, a través del encabalgamiento de versos breves y contenidos en el ritmo, una certeza que al inicio no estaba presente en la realidad. Encubierta bajo el lenguaje de diario que es usado con vulgaridad, desgano y molestia, reside la sabiduría de la poesía construida pacientemente por Morábito. Así, su condición errante, el peregrinaje de su familia por tres continentes, más que representar cualquier recuerdo entre otros tantos de la infancia resulta la materia fundacional a partir de la cual se constituye su presente como hombre, al mismo tiempo que descubre las tensiones que modulan su voz poética: “...el rigor / al que aspiro, el odio / a todo lo que es falso / y mi pudor, mi calma”.

Lotes baldíos es canto de la pérdida y el olvido. Es el silencio anterior a la palabra y el tiempo recuperado. El trasiego de la memoria. Rumor y lejanía. El mar de quien parte y el lote baldío de quien nunca se ha ido. Volver a las páginas de *Lotes baldíos* depara al lector ser testigo de su universo templado por la duda. Región desde la cual Fabio Morábito nombra la mudanza del hombre con la entrañable honestidad que le provee su condición nómada de ser en el mundo, donde la vida misma es viaje inevitable: “Si hay otra vida, / que sea así. Atrás de un muro / ser sólo botellas rotas, / latas rendidas de lluvia.” 

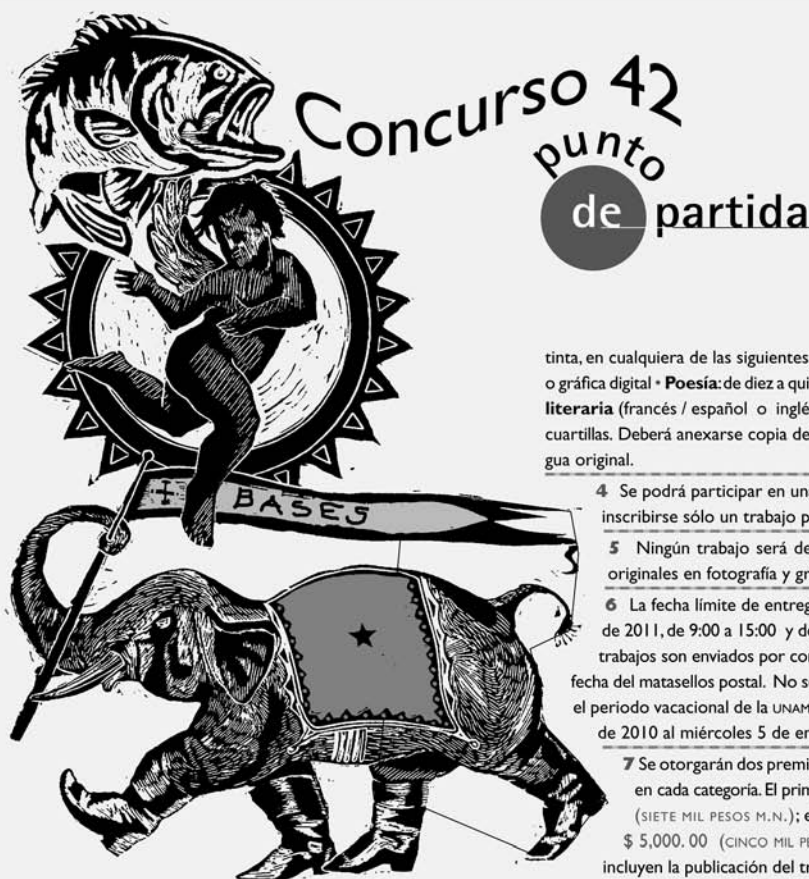
Christian Barragán (Ciudad de México, 1985). Es miembro del consejo de redacción de la revista *Viento en Vela* y del Comité Lector del International Board of Books for Young People (capítulo México); coordinador de la sección de crítica literaria y hacedor de la columna “El Deslinde” de *Literal. Gaceta de Literatura y Gráfica*. Textos suyos se han publicado en las revistas *Periódico de poesía*, *Alforja*, *Tierra Adentro*, *Punto de partida* y *La Jornada Semanal*, suplemento cultural del periódico *La Jornada*. También en el volumen *Mar de vértigos* (2008). Es autor del poemario *De un oscuro oleaje* (2008), por el que mereció el III Premio Nacional de Poesía Joven Gutierre de Cetina. Es profesor de Creación Literaria.

La poesía, el arte, la narrativa y el ensayo habitan



LA CABRA EDICIONES

Callejón del Atrio n° 8-1 bis casa 3 | Cuadrante de San Francisco, Coyoacán | 04320 Ciudad de México
+52 (55) 5554-3968 | lacabraediciones08@gmail.com | www.lacabraediciones.com



Diseño: María Luisa Marín Pasage
Ilustración: Mario F. Reyes

Concurso 42 punto de partida

tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital • **Poesía:** de diez a quince cuartillas • **Traducción literaria** (francés / español o inglés / español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto publicado en la lengua original.

4 Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse sólo un trabajo por categoría.

5 Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica

6 La fecha límite de entrega es el lunes 28 de febrero de 2011, de 9:00 a 15:00 y de 16:00 a 18:00 horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasello postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del lunes 20 de diciembre de 2010 al miércoles 5 de enero de 2011).

7 Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá \$ 7,000.00 (SIETE MIL PESOS M.N.); el segundo lugar recibirá \$ 5,000.00 (CINCO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista

Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8 El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9 El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10 El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11 Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos de lunes a viernes en Revista *Punto de partida* / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias Universum), Insurgentes sur 3000, Coyoacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, Distrito Federal.

Informes en el teléfono: 5622-62-01 o en
partidar@servidor.unam.mx
www.literatura.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx

1 Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2 Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir; a doble espacio, en cualquier tipografía a 12 pts. En el caso de obra gráfica y fotografía, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor; y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor • Seudónimo • Rubro en el que concursa • Título del trabajo • Escuela • Número de cuenta o matrícula • Copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante • Domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal) • Teléfono • Dirección de correo electrónico.

3 El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

• **Crónica:** de cinco a quince cuartillas • **Cuento:** de cinco a quince cuartillas • **Cuento breve:** dos cuartillas como máximo • **Ensayo de creación** (no artículo académico): de cinco a quince cuartillas • **Fotografía:** una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro • **Gráfica:** una serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta, a una



100 UNAM
CENTENARIO
1910 - 2010



